

PARTIDOS Y PARTICIPACION POLITICA: ALGUNAS NOTAS SOBRE LA AFILIACION POLITICA EN LA ETAPA INICIAL DE LA TRANSICION ESPAÑOLA (*)

Por JOSE RAMON MONTERO GIBERT

INTRODUCCION

En un influyente trabajo publicado hace ya algún tiempo, Stein Rokkan perfilaba tres problemas cruciales que debía abordar cualquier estudio sistemático sobre el contexto estructural de la participación política. Consistían en el análisis: *a)* del conjunto de decisiones que asientan las condiciones formales para la movilización política de masas de sujetos inarticulados dentro de cada territorio; *b)* de las tasas actuales de movilización hacia la actividad política y de las condiciones que favorecen tasas mayores y menores, y *c)* de

(*) Este trabajo es una versión reducida de la ponencia presentada a la Mesa Redonda sobre «Sistema de partidos y participación política en las nuevas democracias europeas», organizada por la Asociación Española de Ciencia Política y celebrada en Madrid durante los días 27-29 de mayo de 1981. Al profesor Ramírez Jiménez, presidente de la Asociación, debo agradecer su amable invitación para participar en ella. La ponencia analizaba también las disposiciones y actitudes políticas de los afiliados, análisis que queda fuera de este artículo para no alargarlo excesivamente. El trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio sobre la participación política en España, cuyo comienzo fue posible gracias a la beca concedida por el Comité Conjunto Hispano-Norteamericano, que financió mi estancia en el Survey Research Center de la Universidad de Berkeley durante el verano de 1980, y cuyo desarrollo, en colaboración con el profesor Bar Cendón, de la Universidad de Zaragoza, ha sido facilitado por una ayuda a la Investigación del Centro de Investigaciones Sociológicas. Mi más sincero agradecimiento a ambas entidades, que, por supuesto, no se identifican ni son responsables de las opiniones y conclusiones expresadas en este artículo.

las condiciones para cierto tipo de enlaces entre las actividades del partido político y la participación en otros grupos, colectividades y organizaciones políticamente relevantes (1). Aunque Rokkan presentaba esta especie de agenda con la intención de impulsar los trabajos comparativos sobre la participación, es evidente que las anteriores cuestiones gozan de una importancia fundamental para el estudio de la participación política en nuestro contexto nacional. Y ello por una razón acaso peculiar de la compleja transición española. Se trata de la relativa simultaneidad temporal con la que han surgido entre nosotros aquellas tres dimensiones. Así, y siguiendo el hilo expuesto por Rokkan, en muy corto espacio de tiempo hemos presenciado, en primer lugar, la adopción de decisiones conducentes a implantar un marco democrático que hiciera posible la participación de un pueblo hasta entonces sometido a un régimen autoritario; en segundo lugar, la exteriorización de los comportamientos participativos de los españoles, con un sesgo específicamente derivado de ese *continuum* de características que irían desde la escasa cristalización de sus actitudes políticas hasta la naturaleza contradictoria de los estímulos políticos recibidos; y, por último, la institucionalización de una red canalizadora de la participación, cuya extensión por lo que hace a los partidos parece estar acompañada por una deficiente intensidad participativa.

Resulta obvio que estas tres dimensiones permiten emprender otros tantos análisis, en cada uno de los cuales, a su vez, cabe detectar la presencia de una considerable pluralidad de niveles. Análisis y niveles que, a diferencia de lo ocurrido en otros sistemas políticos, se hallan dotados de una extraordinaria complejidad al haberse producido, según decía, con una relativa simultaneidad temporal. Sin embargo, pienso que el contenido de esta ponencia, centrado en aquella última dimensión de los partidos y la participación, puede facilitar una perspectiva hasta cierto punto unificadora de las restantes. El motivo radica en el papel desempeñado por los partidos durante nuestra transición. De una parte, la tradicional debilidad asociativa de los españoles y la necesidad de articular urgentemente unos canales de participación en los inicios del sistema democrático han privilegiado los cauces partidistas, al mismo tiempo que han potenciado su tendencia a convertirse en canales exclusivos y excluyentes. De otra, los partidos han gozado de un indudable protagonismo en todo ese conjunto de decisiones, delimitadoras del espacio político, que comienzan en la reforma pactada, prosiguen con la redacción consensual de la Constitución y acaban, por el momento, en la fase actual

(1) STEIN ROKKAN: «The comparative study of political participation: Notes toward a perspective on current research», en CHARLES F. CNUDE y DEANE E. NEUBAER (eds.): *Empirical democratic theory*, Chicago, Markham, 1969, pág. 352.

de concertación. En fin, aquellos intentos exclusivistas y este protagonismo, junto a la enorme visibilidad pública de sus actividades, han condicionado en buena medida la inserción de los partidos como uno de los causantes de ese síndrome de actitudes, reales o medianamente fundadas, que denominamos *desencanto*. Y que, como es de sobra sabido, se caracteriza, entre otras cosas, por la tendencia a la baja de unas ya de por sí escasas cotas de participación política.

Todo ello subraya la oportunidad de considerar conjuntamente a los partidos y a la participación. Soy consciente de que la unión entre ambos términos plantea de entrada una razonable objeción, puesta de manifiesto por el corto número de trabajos dedicados al tema en otros contextos democráticos. Se trata de la restricción que se introduce en el campo de análisis, dado que las múltiples funciones que llevan a cabo los partidos no se agotan al proporcionar canales de participación, y que los posibles modos de participación no se cifien sólo a los realizados a través de aquellos canales. En nuestro caso, la vinculación temática de los partidos a la participación sigue teniendo el inconveniente de su naturaleza restrictiva, pero es probable que, en virtud de las razones antes expuestas, lo que perdamos en amplitud podamos ganarlo en profundidad. En consecuencia, lo que sigue intentará perfilar algunas notas sobre la afiliación partidista y los afiliados, y se hará contando con un triple orden de limitaciones: en cuanto al número de partidos, entre los que sólo he considerado a Alianza Popular (AP), Unión de Centro Democrático (UCD), Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y Partido Comunista de España (PCE); en cuanto al ámbito de participación, dado que sólo he incluido la que se formaliza mediante la inscripción individual en un determinado partido; y en cuanto a los datos utilizados, porque el insuperable recelo mostrado por los partidos para facilitar sus cifras de afiliación obliga a utilizar cantidades no siempre fiables (2).

DOS HIPOTESIS SOBRE LA AFILIACION EN LA PRIMERA ETAPA DEL CAMBIO POLITICO

Stephano Bartolini, un buen conocedor del tema de la afiliación a los partidos de masas, ha escrito, y pienso que con razón, que, «a pesar del poco valor que se le concede, el estudio de la afiliación en los partidos merece

(2) Debo recordar de nuevo que este artículo es sólo una primera entrega de un proyecto de investigación más amplio, en el que se abordarán tanto las actitudes políticas y el perfil sociodemográfico de los afiliados como otros modos de participación política convencional y no convencional.

todavía atención, no a pesar de, sino precisamente debido al nuevo énfasis de las publicaciones en el problema de la 'crisis de los partidos'» (3). Los términos «crisis de los partidos», efectivamente, circulan con profusión en los sistemas democráticos occidentales, incluido el español (4). Su significado suele asociarse a una pluralidad de manifestaciones, entre las que abundan sus dificultades para lograr una eficaz representación política, su aparente fracaso en la tarea de integración de partes sustanciales del electorado y sus tensiones para canalizar con éxito la participación política. Y entre sus consecuencias se apuntan, junto a otras no menos importantes, las de propiciar por omisión el surgimiento de organizaciones políticas ajenas a las estructuras partidistas, la generalizada sensación de desapego al sistema institucional y, en fin, el agotamiento del modelo de un partido de masas caracterizado por una intensa movilización y dotado de una fuerte militancia. Como es obvio, el resultado común a todo ello plasma en la al parecer irreversible disminución cuantitativa y cualitativa de los afiliados a los actuales partidos políticos.

La versión española de esta crisis de afiliación presenta unos perfiles peculiares. Porque, aunque sean perceptibles unos síntomas comunes, a nadie se le escapa la decisiva influencia de una etiología radicalmente distinta. No parece sino que a nuestra vida política le sea también aplicable la descripción global que Francisco Murillo hace de nuestra sociedad, según la cual en España se está pasando de la preindustrial a lo posindustrial, pero sin haber agotado, ni aun medio vivido, la etapa industrial (5). Resultaría entonces, por lo que toca a la afiliación política, que los partidos parecen estar de vuelta antes siquiera de haber emprendido viaje alguno. Es decir, que, descontando la breve excepción de la II República, nuestros partidos parecen haber pasado directamente desde el modelo faccional de la Restauración (6) hasta los síntomas de crisis a los que antes aludía, sin haber conocido, ni mucho menos vivido, etapas partidistas intermedias.

Por supuesto, la etapa histórica del franquismo impregna cualquier tipo de explicación, como un gigantesco intermedio tras el cual deban buscarse

(3) STEPHANO BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas: la experiencia socialista democrática (1889-1978)», en *Revista de Estudios Políticos*, 15 (1980), página 67.

(4) Véase, por ejemplo, FERNANDO CLAUDÍN (ed.): *¿Crisis de los partidos políticos?*, Madrid, Dédalo, 1980.

(5) FRANCISCO MURILLO FERROL: «Dificultades», en *Revista del Departamento de Derecho Político*, 6 (1980), pág. 8.

(6) Merece ser citado al respecto el excelente trabajo de JOSÉ VARELA ORTEGA: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza, 1977.

las auténticas claves para la comprensión de los actuales procesos y comportamientos políticos. En este sentido, una interpretación ingenuamente evolucionista, mantenedora de que el péndulo habría de oscilar hacia una plena democracia después de tantos años de dictadura, apostaría por un auge masivo de la afiliación como comportamiento político diferenciado durante el proceso de transición. Para ello se basaría en varios factores, algunos de los cuales, desordenada y telegráficamente expuestos, serían los siguientes: *i)* las aspiraciones de participación democrática sentidas por un amplio sector de la población española, que, según el último *Informe FOESSA*, se elevaba al 80 por 100 (7); *ii)* la experiencia de no pocos países europeos tras la segunda guerra mundial; *iii)* la «extraordinaria orfandad» de los españoles en lo que se refiere a organizaciones políticas y tras la desaparición de la dictadura, según la gráfica expresión de Cebrián (8); *iv)* el protagonismo de los partidos (o, si se quiere, de cierta élite y ciertas etiquetas partidistas) en la resolución de lo que podría calificarse, con Weiner, como una «crisis de participación» (9) a lo largo de los últimos meses de 1975 y gran parte de 1976; *v)* la intensa politización del mismo período, acompañada de una política de movilización de masas y en ocasiones de un palpable entusiasmo colectivo; *vi)* el éxito de los partidos (o, también si se quiere, de cierta élite y ciertas etiquetas) al conseguir, como producto de un complejo entramado de negociaciones y decisiones, una nueva institucionalización participativa por medio de la creación de nuevas organizaciones partidistas y la apertura de un proceso electoral, y *vii)* la posibilidad de que los partidos remediaran, desde un principio, el profundo deterioro de las actitudes políticas de los españoles, es decir, que aceptaran a canalizar la expresión de sus demandas, ampliar sus escasos recursos políticos, potenciar su identificación con el nuevo sistema político y, en definitiva, asumir esa indigencia de solidaridad tan extendida en la España de los años setenta (10). Dos casos ilustran esta

(7) Cfr. JUAN J. LINZ y otros: *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975/1981. IV Informe FOESSA*, Madrid, Euramérica, 1981, vol. I, pág. 12.

(8) JUAN LUIS CEBRIÁN: *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la transición*, Madrid, Taurus, 1980, pág. 64.

(9) Cfr. MYRON WEINER: «Political participation: Crisis of the political process», en LEONARD BINDER y otros: *Crises and sequences of political development*, Princeton, Princeton University Press, 1971, págs. 186 y sigs., y M. WEINER y JOSEP LAPALOMBARA: «The impact of parties on political development», en el libro editado por ambos, *Political parties and political development*, Princeton, Princeton University Press, 1966, págs. 400 y sigs.

(10) Cfr. FRANCISCO MURILLO FERROL: «Las actitudes políticas», en MANUEL FRAGA IRIBARNE (dir.): *La España de los años 70*, vol. III, *El Estado y la política*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, tomo I, págs. 556-557.

creencia en la inauguración de un proceso de afiliación masiva. Fue, por ejemplo, el de Santiago Carrillo cuando declaraba, en el Congreso del PCE celebrado en Roma y en 1976, el objetivo de alcanzar la cifra de 300.000 afiliados inmediatamente después de su legalización (11). Y fue también, aunque con las lógicas diferencias, el de Rafael Arias Salgado cuando exhibía su satisfacción, en el primer Congreso de UCD celebrado en Madrid y en 1978, por haber logrado un crecimiento superior al 80 por 100 de afiliados en sólo cuatro meses (12). De modo similar, es probable que cuando algunos investigadores socialistas señalaban por las mismas fechas y de pasada, la existencia de cerca de 200.000 afiliados en el PSOE, sus esperanzas pesarán con mucha mayor fuerza que sus meros deseos (13).

Pero, frente a estos factores, también es posible comprobar la existencia de una interpretación alternativa que señala la incidencia de otros no menos importantes y que habrían de contrarrestarlos. Los más importantes se localizan en la cultura política del franquismo, caracterizada fundamentalmente por cuatro términos: desmovilización, despolitización, apatía y antipartidismo. Todos ellos resultan familiares al menos desde la Restauración, cuando la superposición de una sociedad rural y una artificiosa estructura política urbana ocasionó un sistema de partidos faccional basado en el caciquismo: los escritos de reformistas y regeneracionistas contienen abundantes testimonios de las quejas contra la «abulia española», contra ese «pueblo de niños y eunucos» y su «resignación marroquí» (14), o contra unos partidos «que no son cosa siquiera parecida a los que llevan ese nombre en los demás pueblos de Europa», cuyas actividades son comparadas a los «juegos de niños» y cuya naturaleza obliga a definirlos como «facciones, banderías o parcialidades de carácter marcadamente personal, caricaturas de partidos formados mecánicamente» (15). Pero su continuidad básica durante el franquismo,

(11) SANTIAGO CARRILLO: *De la clandestinidad a la legalidad. Informe presentado al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España*, celebrado en Roma los días 28, 29, 30 y 31 de julio (ejemplar multicopiado), pág. 42.

(12) Discurso de Rafael Arias Salgado, recogido en *La solución a un reto. Tesis para una sociedad democrática occidental*, Madrid, Unión Editorial, 1979, pág. 43.

(13) Cfr. JOSÉ FÉLIX TEZANOS: «El espacio político y sociológico del socialismo español», en *Sistema*, 32 (1979), pág. 73, y JOSÉ MARÍA MARAVALL: «La alternativa socialista. La política y el apoyo electoral del PSOE», en *Sistema*, 35 (1980), pág. 12. Lógicamente esa cantidad, como apunta CARLOS ELORDI («El PSOE por dentro», en *La Calle*, 115, 3/9-IV-1980, pág. 14), procede de las fuentes oficiales del partido.

(14) Los entrecomillados corresponden, respectivamente, a Ganivct, Costa y Unamuno, y están recogidos en VARELA: *Los amigos políticos*, cit., págs. 433-434.

(15) En esta ocasión, los entrecomillados son, respectivamente, de Picavea, Maillada y Costa, recogidos en MANUEL RAMÍREZ JIMÉNEZ: «Modernización política en

cuando tras el paréntesis republicano aquellas actitudes y estos términos anti-partidistas alcanzaron categoría estructural e ideológica en una sociedad radicalmente distinta, habría de hipotecar cualquier tipo de comportamiento político futuro. El tema de la cultura política actual está por investigar, y es de tan alto bordo como para evitar incluso la impresión de afirmaciones apresuradas e inequívocas. No obstante, y aun sin incurrir en ese especie de determinismo que proclama la conversión automática de las actitudes en comportamientos efectivos, parece probable que la contradictoria naturaleza de los estímulos políticos producidos durante la transición no hayan modificado sustancialmente el mapa de las actitudes políticas de los españoles (16). Estaríamos, en suma, ante un auténtico lastre histórico, agravado por los problemas de todo tipo presentes a lo largo de la transición y por la deficiente socialización surgida del nuevo sistema, lo que a su vez no puede por menos que repercutir en sus grados de legitimidad y eficacia (17). Cabe suponer entonces que, al margen ahora de cuestiones estructurales, aquella intensa politización será tanto más súbita y coyuntural cuanto menor sea el grado efectivo de la cristalización política de las actitudes, que al parecer era muy bajo (18); que los estímulos para la movilización política se verán frenados por los mensajes de cinismo político y de degradación de la política emitidos por el franquismo, que convirtió a la política en sinónimo de corrupción (19), así como por la experiencia política y social vivida durante largos

España: Hipótesis para su estudio», en *Revista de Estudios Sociales*, 5 (1972), página 120.

(16) En un reciente y cuidado estudio, RAFAEL LÓPEZ PINTOR («El estado de la opinión pública en España y la transición a la democracia», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 13 [(1981)], afirmaba implícitamente que el cambio político hacia la democracia no implica por sí mismo la cristalización de una cultura política democrática. Y añadía (pág. 47): «Si ello ha de tener lugar, y vivamente lo deseo, no será cuestión de pocos años. La consolidación de una cultura política afín con el nuevo sistema de gobierno estará tanto en función de las formas de evolución de las líneas básicas del conflicto social y político como de los esfuerzos intencionales de los actores políticos y de los agentes socializadores. Y ambos factores, a su vez, están fuertemente condicionados por el peso cultural de la historia política de España. Pero si en este país, y en el término de pocos lustros, han tenido lugar transformaciones socioeconómicas y culturales en gran medida irreversibles, ¿por qué no podría suceder lo mismo a nivel del sistema político? La duda es científicamente legítima, pero también la esperanza.»

(17) Cfr. las inteligentes observaciones de MANUEL RAMÍREZ: «La socialización política en España: Una empresa para la democracia», en *Sistema*, 34 (1980), páginas 91-115.

(18) Cfr. MURILLO FERROL: «Las actitudes políticas», cit., págs. 542 y sigs.

(19) Cfr. JOSÉ MARÍA MARAVALL: «Transición a la democracia, alineamientos políticos y elecciones en España», en *Sistema*, 36 (1980), pág. 105.

años por los españoles (20); que las oportunidades para la participación política se filtrarán por el escaso interés político y por una eficaz interiorización de los valores de conformismo y pasividad (21), y que la propensión a afiliarse estará contrarrestada por las imágenes repulsivas de los partidos que tanto se prodigaron en los discursos oficiales y que tuvieron también su reflejo en el lenguaje ordinario (22). En fin, por lo que hace a la comparación con los países que sufrieron regímenes totalitarios o autoritarios, debe recordarse que nuestros partidos carecieron de las ventajas de que se rodearon los europeos en la segunda posguerra, que hicieron de la afiliación un requisito

(20) Según la acertada descripción de López Pintor, la cultura política de la mayoría de la población española se basaba en «un sistema de ideas poco informadas con algunas creencias muy sólidas (la desconfianza y el recelo político con base en la experiencia transmitida de generación en generación de una sociedad políticamente inestable y socialmente igualitaria [sic]). Se trata de sectores sociales que responden a estímulos políticos inmediatos muy relacionados con la experiencia cotidiana de seguridad, trabajo, etc. Son sectores de la población cuya politización ha sido sistemáticamente obstaculizada por el régimen y, en la medida en la que 'oficialmente' se le ha transmitido alguna idea política, ésta ha sido la indiscutibilidad de la autoridad existente y el valor negativo del pluralismo y de la controversia». Y más adelante subraya que estas elementales actitudes no se originaron en un proceso de socialización o aprendizaje político a través de mecanismos formales, sino «en la experiencia política de la gente, sobre todo de los estratos más bajos (la precariedad material de la existencia, la dependencia de todo tipo y el miedo como factores de desinterés y desconfianza política)». («El estado de la opinión pública en España», cit., págs. 14-15 y 17). Para la composición social de quienes integran esa cultura política y la de quienes comparten otras de distinto signo, véase RAFAEL LÓPEZ PINTOR y RICARDO BUCETA: *Los españoles de los años setenta*, Madrid, Tecnos, 1975, y ANTONIO LÓPEZ PINA y EDUARDO LÓPEZ ARANGUREN: *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.

(21) Cfr. MANUEL RAMÍREZ: *España, 1939-1975. Régimen político e ideología*, Barcelona, Guadarrama, 1978, págs. 112 y sigs.

(22) Todavía en 1974, Murillo Ferrol acertaba a detectar una opinión de repulsa entre las generaciones más viejas frente a los partidos, como un reflejo que se ha ido condicionando a través del tiempo. Y añadía que «las generaciones más jóvenes heredan en parte este clima, oído o leído; y en parte se forman su propia actitud reactiva a favor o en contra, frente al 'partido' por antonomasia, cuando existía como la base ideológica del sistema, por un lado. Y, por otro, frente a una entidad clandestina, el denominado 'partido comunista', que viene a ser una presencia amenazante o esperanzadora, según las gentes. Es claro que en ninguno de los dos casos se trata de las entidades que los constitucionalistas y los politólogos denominan partidos. Pero como las palabras son símbolos y la política es una actividad sustantivamente simbólica, es comprensible que la expresión 'partidos' sea una palabra fuerte para la opinión hispana (...). Que suponga un *cultural lag* y una importante situación de desnivel respecto a los otros países de Occidente, es grave cuestión (...) de la que conviene tener conciencia» («Las actitudes políticas», cit., pág. 561).

a menudo imprescindible para tener acceso a ciertas actividades sociales y económicas (23). Y tampoco puede olvidarse la especial configuración de nuestro partido único en relación con el régimen autoritario: a diferencia de lo ocurrido en Italia, por ejemplo, donde la influencia de los veinte años del partido fascista reforzó la propensión de los italianos a afiliarse a los partidos de la posguerra, el partido único español perdió muy pronto sus pretensiones monopolizadoras sobre la sociedad civil y especialmente sobre los canales de acceso de las élites políticas, limitándose, en medio de un desprestigio y olvido crecientes, a controlar sólo algunos sectores de la burocracia sindical (24).

ALGUNOS DATOS PROVISIONALES

Entre ambos tipos de factores, lo cierto es que la afiliación política de los españoles se mueve en unos niveles realmente bajos, tanto en términos absolutos como porcentuales. Aunque carecemos todavía del necesario distanciamiento temporal para percibir el sentido de evolución, algunos de los pocos datos existentes resultan sumamente ilustrativos. En enero de 1978, sólo el 6 por 100 de la población española decía estar afiliada (25), proporción que

(23) Cfr. URSULA FEIST, MANFRED GÜLLNER y KLAUS LIEPELT: «Structural assimilation versus ideological polarization: On changing profiles of political parties in West Germany», en MAX KAASE y KLAUS VON BEYME (eds.): *Elections and parties*, Londres, Sage, 1978, pág. 175.

(24) Cfr. BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», cit., pág. 31, y, de otro lado, JUAN J. LINZ: «From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish single party and the Franco regime, 1936-1968», en SAMUEL P. HUNTINGTON y CLEMENT H. MOORE (eds.): *Authoritarian politics in modern society. The dynamics of established one-party systems*, Nueva York, Basic Books, 1970, págs. 128-201. Como han escrito LINZ y otros (*Informe sociológico sobre el cambio político en España*, cit., pág. 12), quizá la diferente actitud de los españoles frente a los italianos en cuanto a la afiliación y participación en los partidos políticos llegada la democracia haya que explicarla por los hábitos creados bajo el régimen fascista en que la afiliación al Partido Nazionale Fascista (PNF) —aunque fuera *per necessita familiare*, como decían los graciosos— creó un hábito y una conciencia de las ventajas de tener un 'carné' (*la Fessera*) frente a las irrelevancias de ser afiliado al Movimiento durante las dos últimas décadas del franquismo. En ese período la única preocupación de los españoles fue su propio bienestar, el acceso social, los objetivos privados, cuyo logro poco tenía que ver con una participación en organizaciones propiamente políticas».

(25) Cfr. FRANCISCO ALVIRA MARTÍN y otros: *Partidos políticos e ideologías. Un análisis de la evolución de la ideología política de los españoles*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978, pág. 45. En marzo de 1977, cuando comenzó el

se redujo al 5 por 100 en el verano del mismo año (cuadro 1). Y si su distribución interna revela la mayoritaria presencia de los afiliados a los partidos izquierdistas, equivalente entonces casi a los dos tercios, su distribución a lo largo de toda la muestra proporciona un primer indicio de la débil implantación social de todos los partidos (26).

CUADRO 1

PORCENTAJES DE AFILIACION POLITICA EN JULIO DE 1978

	% sobre total afiliados (N = 273)	% sobre total muestra (N = 5345)
AP	6,2	0,31
UCD	6,6	0,33
PSOE	29,7	1,51
PCE	31,5	1,60
Otros	6,6	0,33
No contestan	19,4	0,99
<i>Total</i>	100,0	5,07

FUENTE: Encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en julio-agosto de 1978 a una muestra nacional de 5.348 personas representativas de la población española adulta.

Pero como estos datos pueden haber sufrido cierta distorsión, implícita en cualquier procedimiento de selección de la muestra, acaso sea conveniente acudir a las cifras absolutas facilitadas, cuando lo hacen, por los propios partidos. En este terreno, toda precaución es poca: al igual que las tonterías y las acacias madrileñas en las famosas palabras de Azaña, las cifras abultadas suelen arraigar al transmitirse de publicación en publicación hasta acabar guardando una leve semejanza con la realidad. Las reservas deben explicitarse para todos y cada uno de los partidos que integran nuestro

proceso de legalización de los partidos, una encuesta del entonces Instituto de la Opinión Pública señalaba que el 3 por 100 de los entrevistados estaban ya afiliados o en trámite de hacerlo (en *Revista Española de la Opinión Pública*, 48 [1977], páginas 418 y 425).

(26) Debe destacarse también la alta proporción de los que se negaron a especificar el partido al que pertenecían, pese a que la pregunta general de si estaban afiliados fue contestada por más del 98 por 100 de los entrevistados.

ámbito de estudio, y acaso en proporción inversa a los recelos de que hacen gala sus líderes cuando se les pregunta sobre las cifras reales de afiliación. Por ejemplo, un alto cargo de Coalición Democrática declaraba en 1979 que la afiliación oscilaba nada menos que entre los 50.000 y 100.000 (27), cuando es probable que no superara los 30.000. En un estudio sobre las elecciones del mismo año se concedía al PSOE 200.000 miembros, una cantidad que al parecer debería dividirse por dos (28). Un periódico madrileño aseguraba que el PCE cuenta en la actualidad con solo 10.000 carnés renovados (29): aun concediendo al partido el beneficio de la duda por la posible equivocación de un cero, la cantidad de 100.000 dista todavía de los 160.000 afiliados que ha hecho pública el Comité Central (30). UCD protagoniza una situación realmente curiosa: mientras que Arias Salgado decía, en el Congreso de octubre de 1978, que el partido contaba con cerca de 86.000 miembros, Calvo Ortega, en el Congreso de marzo de 1981, estimaba que en aquel octubre UCD contaba sólo con 61.000 afiliados, es decir, un 29 por 100 menos (31).

Admitidas, pues, las reservas pertinentes, parece probable que la afiliación a los cuatro principales partidos no alcance siquiera el medio millón de españoles. El cuadro 2, confeccionado en base a datos fragmentarios, incompletos y escasamente contrastados, recoge su evolución desde 1975. Si hemos de darle crédito, la palma de la afiliación se la lleva el PCE, con 160.000 miembros; le siguen UCD, con más de 144.000; el PSOE, con una estimación de 107.000 y, a distancia, aunque ha sido imposible conseguir por parte del partido cualquier dato, inflado o no, Alianza Popular, que seguramente no sobrepasa los 30.000. Ahora bien, una elemental prudencia aconseja de nuevo no magnificar excesivamente la interpretación de estos números, ni mucho menos realizar juicios contundentes sobre la hipotética superioridad o inferioridad de partidos cercanos en ellos. Una prudencia que algún autor ha exagerado al estimar prematuros los estudios que puedan realizarse sobre

(27) Cfr. RICHARD GUNTHER: *Strategies, tactics and the new spanish party system: The 1979 general election*, pág. 13; ponencia presentada al Simposio sobre «España y Estados Unidos», celebrado en Florida, 1979.

(28) EDUARDO ESPÍN: «Las fuerzas políticas concurrentes», en JORGE DE ESTEBAN y LUIS LÓPEZ GUERRA (eds.): *Las elecciones legislativas del 1 de marzo de 1979*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, pág. 82.

(29) *El País*, 10-V-1981.

(30) *El País*, 17-V-1981.

(31) Discurso de Arias Salgado, recogido en *La solución a un reto*, cit., pág. 43, e *Informe sobre la actuación de Unión del Centro Democrático entre el I y II Congreso Nacional, leído por su secretario general en Palma de Mallorca*, pág. 62; también en *Cambio 16*, 481, 16-II-1981, pág. 22.

CUADRO 2

EVOLUCION DE LA AFILIACION POLITICA (1975-1981)

	1975	1976	1977	1978	1979	1981
AP				50.007 ^g		
UCD			10.000 ^d	61.256 ^h	70.007 ^g	144.097 ^h
PSOE	4.000 ^a	8.000 ^c	51.552 ^c		101.082 ⁱ	107.000 ^k
PCE	15.000 ^b		201.740 ^f	168.175 ⁱ		160.000 ^l

FUENTES:

- ^a MARAVALL: «La alternativa socialista», cit., pág. 9.
- ^b CARLOS ELORDI: «El PCE por dentro», en *La Calle*, 95, 15/21-I-1981, pág. 24.
- ^c MARAVALL: «La alternativa socialista», pág. 10.
- ^d En septiembre, según Arias Salgado, en *La solución a un reto*, pág. 43.
- ^e Antes de las elecciones, según el Grupo Federal de Estudios Sociológicos, dirigido por José Félix Tezanos, de la Secretaría Federal de Organización del PSOE, *Estudio sociológico de participación. Encuesta a los afiliados del PSOE*, Madrid, 1981, pág. 26.
- ^f En *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Madrid, Ediciones PCE, 1978, págs. 470-471.
- ^g Según GUNTHER: *Strategies, tactics and the new spanish party system*, cit., pág. 13.
- ^h *Informe* de Calvo Ortega en el II Congreso, pág. 62.
- ⁱ Según la Secretaría de Organización, correspondiente al primero de diciembre de 1978.
- ^j «Mandatos representados en el XXVIII Congreso del PSOE», en *Estudio sociológico de participación*, pág. 26.
- ^k Cifra real de afiliados estimada según el *Estudio sociológico de participación*, pág. 26.
- ^l Según el Comité Central, en *El País*, 17-V-1981.

el tema (32). Con la excepción de los datos procedentes del PSOE, los demás esperan una adecuada contrastación desde los niveles provinciales, una tarea que sólo pueden efectuar los propios partidos y que, en cualquier caso, escapa a nuestras posibilidades (33). Por eso las cifras de afiliación deben tomarse sólo como tendencias indicativas no tanto de la dimensión numérica supuestamente exacta de cada partido, sino de su débil implantación entre el electorado. Porque, con inexactitudes o sin ellas, lo cierto es que estamos ante unas cantidades anormalmente bajas, y que lo son aún más en comparación con las pautas europeas. Como es sabido, y salvando todas las obvias distancias de la comparación, los porcentajes de afiliación en algunos países

(32) Cfr. HOWARD J. WIARDA: «Spain and Portugal», en PETER H. MERKL (ed.): *Western european party systems. Trends and prospects*, Nueva York, Free Press, 1980, pág. 314.

(33) En este punto nos seguimos enfrentando a dificultades similares a las señaladas por Maurice Duverger hace más de treinta años; cfr. *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 3.ª ed., 1965, págs. 108 y sigs.

Europeos oscilan desde el muy bajo 4 por 100 que Converse y Dupeux establecieron para Francia, y que sin duda ha debido crecer, hasta la tercera parte del electorado sueco que Merkl ha apuntado recientemente. Entre ambos extremos se hallan países como Austria, cuyo 28 por 100 de afiliación, calculado por Nie y Verba, se debe fundamentalmente a la vigencia de la *Lagermentalitat*; Gran Bretaña, con un 25 por 100 estimado por Butler y Stokes y en el que también se incluye la afiliación a través de los sindicatos; la República Federal de Alemania, con un 15 por 100 según los datos aportados por Conradt; Holanda, con un 13 por 100 según Nie y Verba, e Italia, donde, de acuerdo con la encuesta realizada por Barnes, un mínimo del 7 por 100 de los entrevistados (cantidad que otros analistas estiman inferior a la real) admitieron estar afiliados a un partido político (34).

De ahí que el PSOE y el PCE, las dos organizaciones que tienen a gala apellidarse con el calificativo *de masas*, posean dos de las menores *ratios* miembros/votantes en Europa o que, en general, la *ratio* miembros/electores de todos los partidos españoles no logre superar la unidad. Los cuadros 3, 4 y 5 contienen una abundante información sobre esos aspectos. Pero acaso convenga aclarar que la utilidad de las dos *ratios* no es similar. Por lo que hace a la primera, que mide la afiliación a un partido como proporción de sus votantes, Bartolini ha puesto en duda recientemente su valor para fines comparativos. Aunque sin negarle importancia, el autor italiano señala el conocido hecho de que los partidos electoralmente débiles y con una mediana afiliación obtendrán una *ratio* superior a otros cuya relevancia social y política resulta indudable. Una ojeada a los cuadros 5 y 6 permite comprobarlo. Entre los partidos socialistas, tanto el PSDI italiano como el DNA

(34) Cfr. PHILIP E. CONVERSE y GEORGES DUPEAUX: «Politization of the electorats in France and the United States», en GIUSEPPE DI PALMA (ed.): *Mass politics in industrial societies. A reader in comparative politics*, Chicago, Markham, 1972, págs. 41 y siguientes; PETER H. MERKL: «The sociology of european parties: Members, voters, and social groups», en el vol. por él editado, *Western european party systems*, cit., pág. 616; NORMAN H. NIE y SIDNEY VERBA: «Political participation», en FRED I. GREENSTEIN y NELSON H. POLSBY (eds.): *Handbook of political science*, vol. 4, *Non-governmental politics*, Reading, Mass, Addison-Wesley, 1975, págs. 24 y sigs.; SIDNEY VERBA, NORMAN H. NIE y JAE-ON KIM: *Participation and political equality. A seven-nation comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, págs. 94 y sigs.; DAVID BUTLER y DONALD STOKES: *Political change in Britain. The evolution of electoral choice*, Londres, Mcmillan, 2.ª ed., 1974, pág. 21; DAVID P. CONRADT: «Changing german political culture», en GABRIEL A. ALMOND y SIDNEY VERBA (eds.): *The civic culture revisited*, Boston, Little, Brown, 1980, pág. 249; SAMUEL H. BARNES: *Representation in Italy. Institutionalized tradition and electoral choice*, Chicago, University of Chicago Press, 1977, págs. 78 y sigs., y RAPHAEL ZARISKI: «Italy», en MERKL (ed.): *Western european party systems*, págs. 129 y sigs.

CUADRO 3

NIVELES DE AFILIACION Y VOTO EN LOS PARTIDOS
ESPAÑOLES (1979)

	Votos en las elecciones de 1979 ^a	% de votos sobre electores ^b	Afiliados	Ratio afiliados/ votantes	Ratio afiliados/ electores
AP	1.070.721	8,0	50.000	4,7	0,3
UCD	6.292.102	35,02	70.000	1,1	0,4
PSOE	5.477.037	30,5	101.082	1,8	0,6
PCE	1.940.236	10,8	168.175	8,7	0,9

^a Según el Instituto Nacional de Estadística, *Elecciones generales legislativas de 1 de marzo de 1979. Resultados*, Madrid, I. N. E., 1980.

^b Se contabilizan los votos válidos emitidos.

CUADRO 4

NIVELES DE AFILIACION Y VOTO EN DISTINTOS PARTIDOS
SOCIALISTAS EUROPEOS

	Partido	Votos en última elección	% de vo- tos sobre electores	Afiliados	Ratio miembros/ votantes	Ratio miembros/ electores
Austria	SPÖ	2.412.778	51,0	716.000	29,7	15,1
Suecia	SAP	2.356.234	43,9	1.000.000	42,4	18,3
Rep. Fed. Alemana...	SPD	16.262.096	42,9	1.000.000	6,1	2,6
Noruega	DNA	962.728	42,4	100.000	10,4	4,4
Dinamarca	SD	1.213.456	38,3	125.000	10,0	3,9
Francia	PSF	9.432.362	37,5	200.000	2,1	0,8
Gran Bretaña	LP	11.509.524	36,9	669.000	5,7	2,1
Holanda	PvdA	2.810.636	33,8	120.000	4,3	1,4
España	PSOE	5.477.037	30,5	101.082	1,8	0,6
Portugal	PSP	1.672.093	8,4	75.000	4,5	1,2
Bélgica	PSB	719.926	13,0	180.000	25,0	3,2
	BSP	684.465	12,4			
Italia	PSI	3.486.356	9,8	450.000	12,5	1,2
	PSDI	1.403.873	3,8			

FUENTE: *Estudio sociológico de participación*, cit., pág. 27, al que he añadido la columna «Ratio miembros/electores», actualizado el caso de Francia y efectuado algunas pequeñas correcciones. Las elecciones a las que se refiere la segunda columna, en este cuadro y el siguiente, son las de 1977 en Noruega y Holanda; 1978 en Bélgica; 1979 en Austria, Suecia, Gran Bretaña, Dinamarca, España e Italia; 1980 en la República Federal de Alemania, y 1981 en Francia.

CUADRO 5

NIVELES DE AFILIACION Y VOTO EN DISTINTOS PARTIDOS
COMUNISTAS EUROPEOS

	Partido	Votos en última elección	% de vo- tos sobre electores	Afiliados	Ratio miembros/ votantes	Ratio miembros/ electores
Italia	PCI	11.107.883	30,4	1.796.597	16,1	4,9
Portugal	PCP	1.009.358	17,1	142.500	14,1	2,4
Francia	PCF	4.065.540	16,1	330.000	8,1	1,3
España	PCE	1.940.236	10,8	168.175	8,7	0,9
Suecia	SKP	305.420	5,6	14.500	4,7	0,3
Noruega	SV	94.016	4,1	10.000	10,6	0,4
	NCP	8.355	0,4			
Bélgica	PCB	180.088	3,2	20.000	11,1	0,4
Dinamarca	DKP	58.901	1,9	9.500	16,1	0,3
Holanda	CPN	143.420	1,7	27.500	19,1	0,3
Austria	KPÖ	45.270	1,0	20.000	44,1	0,4
Rep. Fed. Alemana ...	DKP	72.230	0,2	42.453	58,8	0,1
Gran Bretaña	CP	16.858	0,1	20.599	122,1	0,06

FUENTE: Las cifras de afiliación están recogidas en BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», cit., págs. 56-57, y en ALAN J. DAY y HENRY W. DEGENHARDT (eds.): *Political parties of the world*, Londres, Longman, 1980; la mayor parte de los datos electorales, en los *Keesing's Contemporary Archives*.

noruego poseen *ratios* miembros/votantes casi idénticas, pero su peso electoral, en cambio, es incomparable: mientras que el primero moviliza a menos del 4 por 100 del electorado, el segundo obtiene un apoyo superior al 40 por 100. Y entre los partidos comunistas, la equiparación entre el italiano y el danés por sus idénticas *ratios* no es más que un engañoso artificio si se olvidan sus muy distintos logros electorales: más del 30 por 100 en el PCI, menos del 2 por 100 en el DKP. La situación llega al absurdo en el caso del Partido Comunista Británico, que, votado sólo por el 0,1 por 100 del electorado y por dos tercios de sus propios militantes, obtiene una *ratio* muy superior a la centena. Por todo ello, Bartolini sugiere que la utilidad de este índice radica ante todo en mostrar la proximidad entre afiliados y votantes, como una especie de indicador de la respectiva implantación subcultural de cada partido: mientras más elevado sea entonces el índice, aumentan las posibilidades de que los electores estén mejor encuadrados y la organización del

partido tenga mayor alcance (35). Aun con esta interpretación restrictiva, las *ratios* de 8,7 y 1,8 alcanzadas respectivamente por el PCE y el PSOE son las menores de los partidos europeos que pueden asimilarse a ellos en términos electorales (con la esperada excepción del Partido Comunista Francés, cuya menor *ratio* se explica por el descenso electoral sufrido en junio de 1981): puede así atisbarse su escasa implantación subcultural, que es todavía menor en el caso de la organización socialista. De todas formas, el otro índice, la *ratio* miembros/electores, que mide la proporción de los afiliados con respecto a la totalidad de los votos emitidos, permite efectuar comparaciones mucho más fiables y significativas. Con arreglo a esta segunda *ratio* es posible comprobar cómo el PCE ocupa el último lugar de los partidos comunistas cuyo apoyo electoral oscila entre el 10 y el 17 por 100, y cómo el PSOE tiene idéntico puesto entre los partidos socialistas que cubren el ámbito electoral del 28 al 38 por 100. Nos encontramos ahora ante una inequívoca evidencia de la debilidad estructural de ambos partidos españoles, que incluso han desplazado a los franceses del último puesto que tradicionalmente han ocupado en los estudios sobre afiliación (36). Un informe de la Comisión Ejecutiva socialista calculaba que si el partido tuviera un número de afiliados cuya proporción respecto de la población española fuese similar a la de los miembros del SPÖ austriaco o del SAP sueco, el PSOE debería contar con cerca de 4.000.000 de afiliados (37). Otra fuente del PSOE, que destacaba justamente el hecho de su mayor porcentaje de votos entre todos los partidos socialistas mediterráneos, cifraba los motivos de tan baja afiliación en las circunstancias por las que atravesó el país durante el franquismo y en el escaso rodaje del nuevo sistema democrático (38). Ya hemos apuntado algunos de los factores que, arrancando del franquismo, podrían contribuir a la explicación, al menos parcial, de la debilidad estructural de los partidos españoles. Y a ellos cabría añadir los sugeridos en las conclusiones del último *Informe FOESSA*: el recuerdo de la guerra civil y la

(35) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», cit., pág. 35. MARGARETA MOMMSEN-REINDL [«Austria», en MERKL (ed.): *Western european party systems*, cit., págs. 288-289] ha aplicado esta *ratio* como índice de la alta «densidad organizativa» de los partidos austriacos.

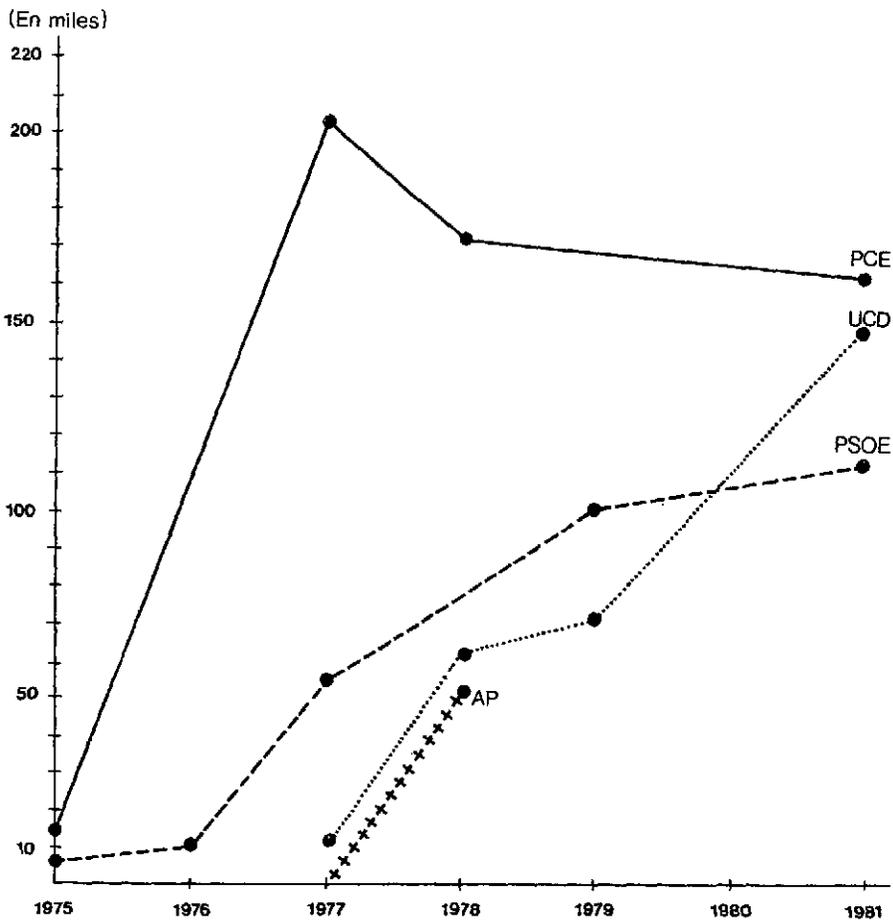
(36) Cfr. GEORGES DUPEUX: «France», en *International Social Science Journal*, 12 (1960), págs. 53 y sigs., y BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 38, donde destaca la situación generalmente baja de Francia en todos sus gráficos.

(37) *Los problemas de la democracia. Informe de la C. E. F. [del PSOE]*, Madrid, abril de 1981, pág. 4.

(38) GRUPO FEDERAL DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS: «El PSOE y la Internacional», en *Boletín PSOE*, 7 noviembre de 1980, pág. 11.

represión ejercida sobre militantes y miembros de las más variadas asociaciones; la crisis de las organizaciones católicas; al existencia de núcleos fundadores con personal político muy joven, que dificultaba la entrada de personas de edad media, así como su marcado carácter ideológico, que ocasionó la desilusión, el rechazo o el abandono de los seguidores sin tareas prácticas inmediatas para llevar a cabo (39). Veamos ahora, desde una óptica distinta, algunas de las coordenadas que enmarcaron los procesos de afiliación política durante la etapa inicial de nuestra transición.

GRÁFICO 1
EVOLUCION DE LA AFILIACION POLITICA (1975-1981)



(39) Cfr. LINZ y otros: *Informe sociológico sobre el cambio político en España*, cit., pág. 627.

LAS PRINCIPALES FASES DE LA AFILIACION POLITICA

Contempladas evolutivamente desde 1975, las cifras de afiliación observan las dos fases diferenciadas que pueden comprobarse en el gráfico 1. En la primera, que llega hasta 1977, los partidos de izquierda conocieron una continua ascensión: sus líderes suelen describirla, con acertado grafismo, como la época del «aluvión» de nuevos miembros (40). La afiliación al PSOE se multiplicó por 20 desde la muerte de Franco, y la del PCE por casi 15. Lógicamente, el acontecimiento clave en este período son las elecciones de junio de 1977, sobre todo para el PSOE. Como puede verse en el cuadro 6, cerca del 50 por 100 de sus actuales afiliados ingresaron en el partido

CUADRO 6

FECHAS DE INGRESO EN EL PSOE Y PCE
(En porcentajes)

	AFILIADOS		DELEGADOS EN CONGRESOS	
	PSOE	PSOE ^a	PCE ^b	
Durante la II República	13	6,1	9,0	
Durante el franquismo	5			
Entre 1949-59		1,7		
Entre 1960-69		3,4		
Entre 1970-74		12,3		
Entre 1939-50			4,2	
Entre 1951-60			9,1	
Entre 1961-70			32,0	
Entre 1971-76			37,8	
Entre 1975 (nov.) y 1977 (junio)	32	54,7		
Desde 1977	49	15,9	7,6	

^a XXVIII Congreso, mayo de 1979.

^b IX Congreso, abril de 1978.

FUENTE: La primera columna, en *Estudio sociológico de participación*, cit., pág. 54; la segunda, en JOSÉ FÉLIX TENAZO: «Radiografía de dos Congresos. Una aportación al estudio sociológico de los cuadros políticos del socialismo español», en *Sistema*, 33 (1980), pág. 90; la tercera, en *Noveno Congreso del PCE*, cit., pág. 471.

(40) ELORDI: «El PCE por dentro», pág. 24, y «El PSOE por dentro», pág. 14.

inmediatamente después de celebradas las elecciones. Aunque no conozco datos similares para el PCE, es probable que el grueso de su afiliación entrara antes de junio de 1977 y en virtud de su masiva e inteligente campaña de atracción de nuevos militantes (41), que debió sufrir un cierto retroceso, sin embargo, ante sus inesperados, por escasos, resultados electorales. Así, sólo el 8 por 100 de los delegados asistentes a su IX Congreso, celebrado en abril de 1978, se habían inscrito durante ese mismo año y el anterior. Claro está que su significación es relativa habida cuenta de los previsibles filtros que toda organización partidista impone a los nuevos ingresados en los procesos de selección de candidaturas para sus congresos. De todas formas, ese porcentaje se dobla en el caso de los delegados socialistas que, con menos de dos años de antigüedad, asisten al XXVIII Congreso, celebrado en mayo de 1979. Las diferencias al respecto entre ambos partidos son más patentes todavía si comparamos el 45,4 por 100 de los delegados comunistas que formalizaron su inscripción entre 1971 y 1978 con el 82,9 por 100 de los delegados socialistas que se afiliaron entre 1970 y 1979. El tema, por debajo de la aparente frialdad de los guarismos, remite a otro de mucha importancia en el que obviamente no podemos detenernos: se trata de la específica pauta seguida por cada partido para incorporar a la nueva élite y a los nuevos cuadros en sus niveles directivos, lo que a su vez ha tenido una notable incidencia tanto en su dinámica interna como en su proyección sobre el electorado.

La segunda fase observa dos direcciones opuestas. De un lado está la que viene conociéndose como la «crisis de la militancia», que ha afectado especialmente a todas las organizaciones izquierdistas, incluyendo las extraparlamentarias (42). La afiliación al PCE descendió en un 16 por 100 y la del

(41) La campaña, que ya estaba en marcha a principios de 1976, recibió un impulso decisivo gracias a las resoluciones del Congreso de Roma, en octubre del mismo año, para lograr una afiliación masiva que sustituyera a los métodos de reclutamiento individual. El procedimiento ideado para ello consistía en las llamadas «conferencias», por medio de las cuales un dirigente comunista dialogaba con una cantidad variable de personas, que solía oscilar entre las 50 y 300, próximas al partido o en cualquier caso opuestas a la recién desaparecida dictadura. Como explicaba CARRILLO (*De la clandestinidad a la legalidad*, cit., pág. 57), «el resultado es que en algunas de esas reuniones han dado su adhesión al partido más de 200 personas. Las organizaciones de base duplican y hasta triplican así rápidamente el número de sus miembros».

(42) Además de algunas de las desiguales aportaciones recogidas en el volumen *¿Crisis de los partidos políticos?*, ya citado, resultan significativos e igualmente desiguales, desde una óptica extraparlamentaria y en cualquier caso de disidentes, algunos trabajos aparecidos en *El Viejo Topo*, que dedicó un número extraordinario a «Los partidos, la izquierda y la militancia» (núm. 4, 1979), JOSEP V. MARQUÉS: «Olvido, menosprecio y secreta venganza de la cosa personal en la militancia», y SERGIO VILAR: «La explotación del militante por el dirigente». También, en la misma revista,

PSOE, aunque logró estabilizarse en la centena de millar de miembros, interrumpió la ascensión lineal que gozaba desde 1977. Y de otro lado se halla la del crecimiento sostenido de UCD, que entre 1978 y 1981 observó un aumento superior al 50 por 100. Resulta inevitable mantener las razonables dudas que anteriormente pesaban sobre las cifras absolutas de afiliación. Dejando al margen a AP, que se ha negado a facilitar cualquier tipo de información, y con la excepción del PSOE, cuyos datos han sido adecuadamente contrastados, las tendencias protagonizadas por UCD y el PCE albergan serias dudas sobre la rotundidad de sus cifras. Algunos datos aislados confirman la impresión de que el descenso de la militancia comunista ha sido mayor que la levemente sugerida por el gráfico 1 (43). Y, por lo que hace a UCD, debe recordarse que cualquier comparación entre los diversos partidos ha de tener presente la aplicación efectiva de sus respectivos criterios reglamentarios de adhesión, que, aunque similares para todos ellos, UCD parece practicar con especial flexibilidad (44).

JOSÉ LUIS PARDO: «Por una micropolítica del deseo», 25 octubre de 1978, y COLECTIVO LENINISMO: «Algunas reflexiones sobre la llamada 'crisis de la militancia'», 22 julio de 1978.

(43) Las cifras correspondientes a 1978, facilitadas por la Secretaría de Organización, mantienen para Cataluña y Galicia los mismos militantes que en 1977. Sin embargo, la celebración de diversos Congresos regionales o provinciales han permitido constatar un descenso efectivo, que es posible también presumir en muchas otras provincias a lo largo de estos tres últimos años. Por ejemplo, la cantidad de 40.000 afiliados que tanto ELORDI («El PCE por dentro», pág. 30) como yo ciframos para el PSUC en 1977 y 1978 ha descendido casi a la mitad: JORDI BORJA («El PSUC entre dos crisis. El fin de una política», en *Nuestra Bandera*, 106 [1981], pág. 26) hace una estimación de 21.000 comunistas catalanes, coincidente con los 22.000 que un miembro del Comité Ejecutivo declaraba recientemente a *El País* (11-VII-1981). Por lo demás, resulta también indicativo que Vicente Cazcarra, secretario de Organización, informaba al Pleno del Comité Central del PCE, celebrado en noviembre de 1979, que a lo largo del año sólo se han pagado 77.625 carnés al Comité Central, y 54.218 a los Comités nacionales, regionales o provinciales, quedando no pocas matrices en manos de las agrupaciones, no pocos afiliados sin carné y, cabe presumir, no pocos carnés de afiliados que han dejado ya de serlo: la suma de carnés es, por tanto, de 131.843; cfr. VICENTE CAZCARRA: «El fortalecimiento del partido», en *Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España*, Madrid, Comisión de Propaganda del PCE, 1979, pág. 39.

(44) Las ocasionales noticias, aparecidas en la prensa periódica, de que algunas personas habían sido dadas de alta en el partido ucedista sin su conocimiento o consentimiento evidencian una práctica de la que es imposible asegurar su grado de generalidad o excepcionalidad; en cualquier caso, casi todos los partidos prevén en sus Estatutos una adhesión reglamentada y con padrino obligatorio. Curiosamente, el PCE parece más propenso a suavizar estos requisitos; a pesar del control que realizaron los partidos de izquierda en Austria, Alemania e Italia, por ejemplo, en la

Carecemos de evidencia empírica para interpretar con ciertos visos de seguridad las dos fases antes apuntadas. Acaso una proximidad válida consista en acudir a la doble perspectiva que Bartolini utiliza para otros objetivos (45). Se trata de integrar la perspectiva individual y la perspectiva organizativa en las tendencias de la afiliación política, pero con la dificultad añadida, y varias veces citada, de la relativa simultaneidad temporal con la que se produce tanto las posibilidades de afiliación como el proceso de institucionalización partidista. Cabría entonces suponer, desde el punto de vista individual y para los primeros momentos de la transición, que la minoría que se afilia no hace sino corroborar con su adhesión un alto grado de politización previamente existente: una especie de formalización de un compromiso político anterior, avalado por sus dosis de información e interés político, muy superiores a la media, y por el deseo de coronar sus inclinaciones hacia la participación política, asimismo más intensas que las de la media. En cuanto modo de participación, la afiliación entremezclaría una triple dimensión: hacia el propio individuo, por cuanto le permitiría satisfacer sus necesidades de identidad e integración en el seno de una comunidad restringida de la que hasta entonces no tenía más que una vaga, pero intensa, conciencia; hacia el partido político, por cuanto que la inscripción favorecería sus posibilidades de crecimiento y afianzamiento, lo que a su vez repercutiría en el sentido de identidad del afiliado; y hacia el sistema político que se estaba construyendo, por cuanto que su concreción favorecería las posibilidades de perfilarlo en la línea ideológica propugnada por el partido. Además, la afiliación se enmarcaría dentro de una situación en la que los intensos procesos de politización e ideologización vividos por el individuo resultaban congruentes con el gran protagonismo asumido por las organizaciones partidistas y por la multiplicación de sus proyectos ideológicos. Se trataría, en suma, de una suerte de decisión moral (46), en la que el sentimiento de pertenencia se uniría a la capacidad percibida para modificar el sistema político (47). Y si los partidos (obviamente los de izquierdas, dada

segunda posguerra, el comunista español, por sus medios masivos de reclutamiento, ha preferido la política de expulsar hipotéticamente a unos pocos que dificultar la entrada de los más. Como es lógico, el cierto control que parece efectuar el PSOE se halla totalmente ausente en UCD con respecto a personas de cierto protagonismo durante el régimen franquista. Estudios más particularizados podrán determinar el alcance de la política de afiliación en cada unidad organizativa y con respecto a personas particularmente significativas.

(45) Cfr. BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», págs. 54 y sigs.

(46) Véase, por ejemplo, JOSÉ LUIS ARANGUREN: *La democracia establecida. Una crítica intelectual*, Madrid, Taurus, 1979, págs. 66-68.

(47) Cfr. ALESSANDRO PIZZORNO: «An introduction to the theory of political par-

la tardía organización de las fuerzas derechistas) no podían conceder al nuevo afiliado los atractivos y gratificaciones materiales que fueron habituales en la Italia, Alemania o Austria de la segunda posguerra (48), le proporcionaban, en cambio, un excelente medio para canalizar sus motivos de solidaridad: porque es claro que ni la lánguida vida asociativa española podía satisfacer los de ese potencial afiliado, ni que, por lo demás, y en el caso de que perteneciera a alguna asociación voluntaria, su naturaleza resultaba apropiada ante el atractivo ejercido por las flamantes organizaciones partidistas.

De otro lado, la perspectiva organizativa proporciona una muestra adicional de la importancia de ese proceso de afiliación durante la etapa inicial de la transición. Rokkan ha subrayado justamente la relevancia de los militantes para las actividades de educación y promoción políticas, así como para la movilización de los simpatizantes (49). Y Bartolini ha escrito que «la función histórica de los afiliados y activistas de los partidos debe ser considerada como el elemento básico del desarrollo y estructura de la política de masas» (50). Especialmente para el PSOE, la incorporación de los nuevos afiliados supuso la oportunidad de asentar la infraestructura del aparato partidista, reclutar una élite de rango intermedio con la que hacer frente a las necesidades de su propia expansión y activar los canales de comunicación política con el exterior. Y supuso también, como es lógico, la posibilidad de revertir hacia el partido su crecimiento bajo la modalidad de la ampliación de su base humana. El director del *Estudio sociológico de participación* del PSOE, José Félix Tezanos, ha estimado que el 19 por 100 de los actuales militantes practicaron ciertas formas de lo que califica como «afiliación latente», dado que su incorporación al partido, tras la muerte de Franco, estuvo precedida por contactos personales con otros afiliados durante el período franquista (51). No resulta arriesgado pensar que esas formas de semi-afiliación se potenciaran, aunque en un contexto distinto, a lo largo de la etapa en la que los partidos fueron tolerados. Y así, constituida ya la afilia-

ticipation», en *Social Science Information*, 9 (1970), págs. 35 y sigs.; el trabajo había aparecido previamente como «Introduzione allo studio della partecipazione politica», en *Quaderni di Sociologia*, 15 (1966), págs. 235 y sigs.

(48) Lo cual no impidió, desde luego, que algunos afiliados acudieran a los partidos en busca de esas compensaciones: según comentaba Simón Sánchez Montero a ELORDI («El PCE por dentro, pág. 24), en el aluvión posterior a la muerte de Franco «entró hasta gente que creía que cogiendo el carné iba a encontrar trabajo».

(49) Cfr. STEIN ROKKAN: *Citizens, elections, parties. Approaches to the comparative study of the processes of development*, Nueva York, David McKay, 1970), páginas 420 y sigs.

(50) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 25.

(51) *Estudio sociológico de participación*, cit., págs. 55-56.

ción en una especie de capital político, a la estrategia movilizadora de 1976 se le unieron bien pronto las tareas preelectorales del año siguiente, en las que el activismo político debió mostrarse a la vez tan efectivo en su realización como atractivo para los potenciales afiliados. Los resultados electorales lograron un efecto multiplicador en la tendencia a la afiliación de esa otra minoría, más amplia y menos estructurada en sus actitudes políticas, que había permanecido como atenta espectadora durante la fase inicial de la institucionalización partidista: como ya sabemos por el cuadro 6, fue el momento escogido por el 49 por 100 de los actuales afiliados socialistas para ingresar en el partido.

Tampoco poseemos datos empíricos sobre los motivos reales que expliquen la segunda fase que antes señalábamos, esto es, el descenso del PCE, el estancamiento del PSOE y el crecimiento de UCD. Comenzando por este último partido, las posibles causas que se hallen tras estos fenómenos encuentran de entrada la sorpresa del continuo ascenso ucedista. Un ascenso que debería relativizarse mediante su comparación con la afiliación a otros partidos conservadores europeos, que suele ser superior incluso en aquellos que carecen de la malla de entidades católicas que canalizan sus miembros hacia los partidos democristianos (52). Y una sorpresa que podría acaso aminorarse situándola en su contexto apropiado: lo que habría que explicar no es por qué UCD parece tener tantos afiliados, sino por qué otros partidos, especialmente los de izquierdas, tienen tan pocos. El origen del partido ucedista debería propiciar una débil institucionalización y, en consecuencia, un escaso número de miembros. Recuérdese que UCD fue impulsada desde el Gobierno, cimentada por el poder y formada por un grupo de partidos en los que no había más que un pequeño grupo de dirigentes. De ahí que Huneus haya podido escribir que «esta forma de surgimiento (...) produce considerables dificultades para la extensión del partido a nivel nacional y a nivel regional» (53). Por ello, el mismo autor ha sugerido la inadecuación de evaluar UCD por el volumen de sus afiliados o por su grado de organización en comités locales que desarrollen una actividad política estable y significativa (54). Aun así, y reconociendo que UCD debe analizarse «desde arriba» para comprender su evolución política y sus contenidos ideológicos, la relativamente alta cifra de afiliación que proclaman sus fuentes oficiales puede descansar en dos factores de distinto peso. El primero apunta a la imposibi-

(52) Cfr. MERKL: «The sociology of european parties», cit., págs. 651 y sigs., y ARTURO PARISI (ed.): *Democristiani*, Bolonia, Mulino, 1979.

(53) CARLOS HUNEUS: «La Unión del Centro Democrático, un partido consociacional», en *Revista de Política Comparada*, 3 (1981), pág. 187.

(54) Cfr. HUNEUS: «La Unión del Centro Democrático...», cit., pág. 178.

lidad de comparar el grado de compromiso psicológico que los directivos ucedistas esperan de sus afiliados con el que aseguran exigir a sus respectivos militantes los dirigentes socialistas y comunistas (55). Estos suelen tratar despectivamente la débil vinculación resultante entre el partido y el afiliado, considerándola incompleta e insuficiente, pero acaso sea esa relación uno de los atractivos de UCD en los medios sociales donde sus miembros se reclutan mayoritariamente: pocas dudas caben sobre el carácter pasivo del electorado de UCD (56). El segundo factor puede tener, en mi opinión, mucha mayor importancia: cerca del 25 por 100 de los afiliados ucedistas ocupan cargos en las Cortes, los Ayuntamientos, las Diputaciones y los entes regionales, frente a sólo un 13 por 100 en el PSOE (57). El porcentaje se aumentaría sustancialmente si pudiéramos contabilizar a los miembros de UCD que ocupan cargos en la Administración central o en la periférica, que no deben de ser pocos. En cierto sentido, pues, los canales participativos de UCD, de alcance limitado por el grado presumiblemente bajo de compromiso psicológico de sus afiliados y por la naturaleza de su competición intrapartidista, se solapan con la concepción del partido como vía de reclutamiento hacia las múltiples esferas del poder. El crecimiento cuantitativo de su volumen de afiliación aparece así condicionado por la combinación de sus victorias electorales, de la expectativa de obtener tratos favorables de la Administración por un partido cuyo cemento es el poder y de las posibilidades de patronaje que permite un Estado como el español (58). De todas formas,

(55) La concepción literalmente militante del afiliado socialista se halla bien expresada en la *Carpeta del Militante* que confecciona la Secretaría de Formación del PSOE; la del comunista, en *Nuestra Bandera*, 96 (1978), págs. 15 y sigs., en donde Carlos Alonso Zaldivar se plantea la posibilidad de una síntesis entre el activismo ideal del afiliado comunista y la pasividad del de otros partidos: «la síntesis sería algo así como decir que la esencia más profunda de la organización comunista, que es imprimir a sus miembros una concepción militante de la vida, para mí sigue siendo válida (...); pero hay que desarrollar un esfuerzo teórico y práctico para hacer compatible esta actitud de fondo con un respeto y potenciación de la iniciativa autónoma, y en esto podemos aprender de otros partidos» (pág. 16).

(56) Cfr. LINZ y otros: *Informe sociológico sobre el cambio político en España*, cit., pág. 489.

(57) Ese casi 25 por 100 ucedista está calculado sobre los datos contenidos en el *Informe sobre la actuación de Unión del Centro Democrático*, cit., pág. 49; el 13 por 100 socialista procede del *Estudio sociológico de participación*, cit., pág. 94. Como es lógico, su desglose es ocupado principalmente por los alcaldes y concejales, que suponen el 86,9 por 100 en UCD y el 83 por 100 en el PSOE.

(58) Este punto también es señalado por HUNEEUS: «La Unión del Centro Democrático», pág. 178, con la función de suplir las deficiencias o problemas derivados del bajo nivel de institucionalización de UCD.

habrá de transcurrir algún tiempo para comprobar si su alta cifra de afiliación es real, si mantiene la estabilidad de sus miembros o si continúa su tendencia al crecimiento.

En el caso del descenso del PCE, estamos ante supuestos radicalmente distintos. Como es sabido, la «crisis de la militancia» ha solido solventarse acudiendo al fácil expediente del «desencanto». Pero predicar efectos directos de una causa, cuando menos, ambigua y plurívoca no contribuye demasiado a resolver el problema. Haría falta realizar una investigación cualitativa que profundice en sus motivos determinantes. Acaso no ocurra sino que estamos en la pendiente de un proceso cíclico de movilización y desmovilización, aunque con las agravantes de la escasa cantidad de movilizados y de la intensidad con la que puede operar su contrario en una sociedad estructural e históricamente desmovilizada. Acaso ocurra también que estamos ante un proceso cuyo escaso alcance cuantitativo se encuentre potenciado por las amplias resonancias emocionales que le confieren sus protagonistas. En realidad, el número de desafiliados representa una cantidad ínfima del electorado y una proporción mediana del total de los inscritos en los partidos. Pero su conexión con la doble significación que se predica usualmente del desencanto (como producto de la transición y como determinante de sus futuros derroteros [59]) le confiere una dimensión superior a la resultante del fenómeno en sí mismo considerado. La juventud del sistema de partidos y el silencio de sus secretarías de organización impiden cualquier análisis de lo que Duverger calificara como una «distinción capital»: la de los miembros estables e inestables, cuya respectiva evolución permitiría distinguir entre las transformaciones profundas de la afiliación a los partidos, que afectarían a los primeros, y sus variaciones superficiales, que alcanzarían sólo a los segundos (60). Desconocemos también las motivaciones de la desafiliación y el perfil de las personas que las mantuvieron, así como la incidencia del proceso general en los potenciales afiliados cuya propensión a inscribirse en un partido político se haya visto frenada por las vivencias amplificadas de la crisis de la militancia. Es obvio que un sector importante de los desafiliados se localizó en quienes acudieron a los partidos buscando una serie de prestaciones materiales y asistenciales que aquéllos no podían ofrecerles. Y resulta probable que otro sector no menos notable se haya extraído, entre los partidos de izquierda, de los que formalizaron su ingreso durante el franquismo o, en proporciones superiores, durante los meses iniciales de la transición.

(59) Cfr. LUDOLFO PARAMIO y JORGE M. REVERTE: «Contra las cuerdas», en CLAUDÍN (ed.): *¿Crisis de los partidos políticos?*, cit., págs. 189 y sigs.

(60) Cfr. DUVERGER: *Los partidos políticos*, cit., págs. 115 y sigs.

Y ello no sólo por razones estrictamente temporales: sus altos niveles de politización e ideologización debieron verse enfrentados al rumbo adoptado por los partidos desde 1978. Tezanos ha podido comprobar que, en el PSOE, este tipo de afiliados posee una mayor cristalización de sus actitudes políticas y una superior propensión participativa que los que se inscribieron con posterioridad a las primeras elecciones democráticas. «El *afiliado del franquismo* practica un tipo de militancia más efectiva e ideologizada, e incluso en algunos sectores, bastante intelectualizada (...). La política ocupa un lugar central en su vida (...). Este afiliado se localiza preferentemente en núcleos urbanos y tiene, en mayor proporción, ocupaciones de 'clase media' (profesionales, docentes, oficinistas, etc.). Igualmente se sitúa en los niveles de edades intermedias y se caracteriza por tener un historial político más 'movido' que los restantes afiliados: es decir, ha pertenecido o simpatizado con otros partidos políticos en mayor proporción que la media.» En cambio, quien entra en el partido después de junio de 1977 manifiesta un menor interés político. «En gran parte se ha incorporado al PSOE como prolongación de su compromiso sindical en UGT, o como forma de dar algo más de fuerza a sus simpatías políticas. En general este afiliado ni es muy activista, ni está muy formado, ni informado políticamente, aun cuando los niveles de educación y cualificación de algunos de ellos sean superiores a bastantes de los afiliados que se incorporaron a las filas socialistas en períodos históricos anteriores» (61). Por eso resulta factible pensar que la «militancia ética» aportada por no pocos de los «afiliados del franquismo», como consecuencia de sus actividades o intensas simpatías hacia las organizaciones clandestinas de oposición, habría de sufrir un fuerte impacto en su adaptación a las nuevas condiciones políticas. Como ha escrito Pérez Ledesma, los componentes de esa «militancia ética» (caracterizada por la solidaridad, desinterés personal, elevado nivel de ideologización y rechazo de toda jerarquización rígida) «han ido pudriéndose progresivamente, con el desencanto consiguiente de muchos antiguos militantes o de quienes ingresaron en los partidos impulsados por la euforia de los momentos inmediatamente posteriores a la legalización. Y con ello la militancia ha quedado reducida en gran medida a los integrados en grupos de clientela, o a pequeños sectores de militantes éticos que aún confían en cambiar la orientación de las organizaciones partidarias» (62). Tras los entusiasmos suscitados por los resultados electorales

(61) JOSÉ FÉLIX TEZANOS: *Estructura y dinámica de la afiliación socialista en España*, pág. 41; comunicación presentada a la Mesa Redonda sobre «Sistemas de partidos y participación política en las nuevas democracias europeas», celebrada en Madrid, mayo de 1981.

(62) MANUEL PÉREZ LEDESMA: «Los partidos políticos en la transición», en *Tiem-*

de 1977, la normalización de la vida política en el anormal contexto de la transición condicionó la normalización de las actividades partidistas a través de una serie de procesos claramente desmovilizadores: la participación del afiliado no pudo por menos que notar sus efectos. Vale decir que la normalización de la temperatura política tras la intensa politización anterior enfatizó aún más la relevancia del problema económico, de la violencia terrorista y del incumplimiento de las numerosas expectativas depositadas en el cambio de régimen, originando una cascada acumulativa de desilusiones que habrían de contribuir al quizá caudaloso fondo común del escepticismo. La fijación del nuevo espacio político en el ámbito parlamentario debió aumentar la sensación de pasividad ante unos problemas tan recurrentes como, al parecer, insolubles. El desarrollo de las negociaciones conducentes a los pactos de la Moncloa y del consenso que presidió la redacción del texto constitucional provocó un decisivo desplazamiento de los sujetos y lugares de las decisiones políticas, que pasaron a cifrarse en unos cuantos líderes y en ámbitos alejados, simbólica y realmente, de las agrupaciones de los partidos. El recurso ritual a las apelaciones de movilizaciones populares se repitió con tanta insistencia como escasa efectividad, habida cuenta de los abstractos problemas sobre los que se cifraban y del progresivo distanciamiento sentido con respecto a cuestiones mucho más inmediatas y, acaso, preocupantes. En suma, el protagonismo de los partidos en las fases iniciales de la institucionalización de sus propios canales participativos se prolongó mediante otro protagonismo de distinta naturaleza (consensual, reservado a las élites

po de Historia, 72 (1980), pág. 63. En este sentido, JORDI BORJA («El PSUC entre dos crisis», cit., pág. 26) ha apuntado que, para el PSUC y el período 1977-1981, se produjo una importante circulación de activistas: muchos miembros menores de cuarenta años abandonaron la militancia, perdiéndose así, a pesar de los nuevos ingresos de personas de edad superior, que envejecen el partido, el capital político humano acumulado entre 1960-1975. De otra parte, ELORDI («El PCE por dentro», cit., pág. 38) también ha notado que «buena parte de los cuadros profesionales de los últimos años del franquismo y primeros de la transición o han abandonado el partido —en la inmensa mayoría de los casos sin afiliarse a otro— o se limitan a renovar anualmente su carné sin participar activamente en la vida política». Y, en términos más generales y menos descriptivos, PARAMIO y M. REVERTE («Contra las cuerdas», cit., pág. 192) han escrito que «el drama, por desgracia, es que además de no haber sabido ganar a la generación de los años ochenta hemos perdido a las anteriores. La creciente consciencia de que la militancia política es una forma de existencia potencialmente (...) enajenada (...) ha producido una desbandada inimaginable (...). Hemos perdido a la gente con más imaginación, con más sensibilidad y más ganas de vivir. Hemos perdido a quienes desean recuperar unos años cruciales, que ellos habían creído dedicar a la democracia y el socialismo y han resultado finalmente invertidos en una política sin horizontes».

y distanciando, incluso simbólicamente, de sus seguidores), cuyos efectos consistieron en vaciar de contenido *ad intra* esos canales y en dificultar *ad extra* la posible aparición de canales de participación alternativos y concurrentes. Para una importante minoría, la desafiliación fue el tipo de respuesta ofrecida ante el nuevo estado de cosas: un comportamiento coherente con la generalizada (que sea fundada es otro tema) sensación de desencanto, que en ella alcanzaba ribetes superiores.

Ahora bien, quizá resulte necesario distinguir, cualquiera que sea el valor atribuido a las anteriores líneas de explicación, entre el proceso de desafiliación y los procesos de desmovilización que surgieron a finales de 1977 y se prolongaron durante el año siguiente. Es claro que no todos los nuevos afiliados ostentaron un alto grado de movilización política, de la misma forma que no todos los ciudadanos con una importante propensión para ser movilizados habían formalizado su inscripción en un partido político. A falta de datos sobre la conexión entre ambos tipos de comportamientos, parece prudente evitar la proclamación de una relación causal directa entre la política de desmovilización promovida por los partidos y el proceso de desafiliación. José María Maravall ha recordado, frente a quienes postulan que la desmovilización ha sido intencionadamente producida por los partidos de izquierda, sobre todo el PSOE y el PCE (63), que las elecciones de 1977 y la incardinación en las instituciones de la democracia representativa obligaban a esos partidos a conjugar la potencialidad de presión de una minoría movilizable con el reclamo a la que durante tantos años constituyó la «mayoría ausente» (64). Para Maravall, «el proceso de la transición y sus resultados netos, el sistema de partidos y su equilibrio, la fuerza de las distintas opciones políticas, no pueden entenderse solamente como resultado de la relación entre unas exigencias de unos movimientos sociales 'desde abajo' y unas reformas 'desde arriba', relación mediatizada por unas organizaciones políticas que actúan como representantes de las exigencias 'desde abajo', agregándolas/traduciéndolas en reivindicaciones políticas. Es necesario tener en cuenta también las disposiciones de sectores no movilizados y posiblemente de difícil movilización. De aquí procede el grueso del mandato político. Es innecesario precisar que las disposiciones políticas de estos sectores sociales pueden (y para una organización de izquierdas, *han de*) considerarse influibles por razonamientos políticos, pero si ello se lleva al extremo se corre el riesgo de

(63) Cfr. LUDOLFO PARAMIO y JORGE MARTÍNEZ REVERTE: «Sin imaginación y sin principios», en *Zona Abierta*, 18 (1979), citado por MARAVALL: «Transición a la democracia, alineamientos políticos y elecciones en España», cit., pág. 77.

(64) Cfr. LÓPEZ PINA y LÓPEZ ARANGUREN: *La cultura política de la España de Franco*, cit., págs. 63 y sigs.

postergar hasta un futuro imprevisible el apoyo de tales sectores» (65). El razonamiento es, a mi juicio, sustancialmente correcto, pero los afiliados brillan en él por su ausencia. Quiero decir que si los partidos creyeron oportuno o inevitable rebajar la política de «hipermovilización» (66) seguida desde la muerte de Franco —una política de la que se mostraban sumamente satisfechos (67)— para avanzar su legitimidad entre amplios sectores del electorado y para dedicarse con posterioridad a las actividades características de la democracia representativa, de ahí no se sigue necesariamente la consecuencia de una política de abandono con respecto a sus afiliados. Y no faltan indicios que permiten suponer que ésta fue precisamente la actitud de los partidos para con sus miembros, o al menos ésa fue la actitud que muchos afiliados percibieron.

Ante la ausencia de estudios pormenorizados de la vida interna de los partidos durante la transición, algunos testimonios periodísticos han subrayado la degradación de las actividades políticas de las agrupaciones locales y el descuido sistemático de sus componentes. Como aseguraba un miembro del Comité Univeristario madrileño del PCE, «la crisis de la militancia (...) se debe (...) al tipo de política que ha primado en los dos últimos años. El parlamentarismo ha privado de espacio político a las agrupaciones y a los camaradas de base. Exagerando un poco se puede decir que el trabajo que queda es pegar carteles o barrer la sede» (68). Sobre esta base común, los dos grandes partidos de la izquierda española manifestaron ciertas peculiaridades. En el caso del PCE, la aplicación del principio organizativo de la territorialidad supuso el abandono de las agrupaciones sectoriales y su sustitución por las de barrio o ciudad, originando una importante crisis en los sectores profesionales (69). La política de moderación y consenso, especialmente visible con ocasión de los pactos de la Moncloa, fue percibida como una pérdida de la identidad comunista, agravada por la inexistencia de una «pedagogía política» que aminorara el impacto psicológico de tales medidas

(65) MARAVALL: «Transición a la democracia, alineamientos políticos y elecciones en España», pág. 78; subrayado en el original.

(66) El término procede de HUNEEUS: «La Unión del Centro Democrático...», cit., pág. 183.

(67) Cfr., por ejemplo, las referencias a la «movilización responsable de las masas», en *Qué es el Partido Socialista Obrero Español*, publicado por su Secretaría de Formación y Documentación, Madrid, 1977, pág. 4, y a la «lucha de las masas obreras y populares», en las resoluciones del IX Congreso comunista, en *IX Congreso del PCE*, cit., pág. 339.

(68) En ELORDI: «El PCE por dentro», cit., pág. 98.

(69) Cfr. MANUEL AZCÁRATE: «Crear un partido nuevo», en *Nuestra Bandera*, 96 (1978), págs. 12 y sigs., y ELORDI: «El PCE por dentro», cit. págs. 38 y sigs.

sobre unos afiliados fuertemente castigados por la crisis económica: esa política pactista «ha erosionado el nervio militante de muchos camaradas y ha sido un factor de desencanto dentro y fuera de nuestras filas, al observarse, aparentemente, que todos los partidos dicen lo mismo y que no hay una identidad comunista clara en el PSUC o en el PCE» (70). Un destacado miembro estimaba necesaria la política de negociaciones y compromisos pese a sus limitados efectos en la democratización del Estado y a la incidencia de la crisis económica; pero añadía que la ineficacia de los dirigentes en sus tareas de explicación y su incapacidad para proporcionar nuevos objetivos a las agrupaciones locales han traído como resultado «la frustración, la desmovilización, el encerrarse en los locales, la agresividad frente a la dirección y a la política del consenso» (71). Y Pilar Brabo, en fin, señalaba que el fallo fundamental del partido en los últimos años ha consistido en que mientras la dirección del partido discutía la política que ella misma iba a poner en práctica en las instituciones, «al conjunto del partido se le pedía, en el mejor de los casos, el consenso sobre tal política y en ocasiones movilizaciones genéricas en torno a la misma. Desde mi punto de vista, ésta es la causa principal de la atonía en la vida de (...) las agrupaciones» (72).

De otra parte, la existencia de problemas similares en el PSOE se vio agravada por la dinámica que las tensiones ideológicas generaron en todos los niveles del partido hasta hallar su culminación en el Congreso extraordinario de 1979. Frente al pragmatismo organizativo y político del PCE, el PSOE parece ejemplificar una de las hipótesis barajadas por el último *Informe FOESSA* para explicar el escaso volumen de afiliación de los partidos españoles: el carácter ideológico de los grupos fundadores y la ausencia de tareas prácticas inmediatas originaron que los debates ideológicos dividieran a los núcleos iniciales, desilusionaran a unos y rechazaran a otros, produciendo, si no una crisis de la militancia conseguida, una brusca detención de su crecimiento potencial (73). El clima de tensión interna es expresado con acierto por un militante socialista al señalar que «las tensiones que se han

(70) JOAQUÍN SEMPERE: «Un malestar en busca de coordenadas», en *Nuestra Bandera*, 106 (1981), pág. 30; cfr. también PAUL PRESTON: *The PCE in the struggle for democracy in Spain: An eurocommunist gamble?*, págs. 24 y sigs.; ponencia presentada al Simposio sobre «Cambio social y poder en la España de Franco», Universidad de Ausburgo, junio de 1981.

(71) BORJA: «El PSUC entre dos crisis», cit., pág. 25.

(72) PILAR BRABO: «Eurocomunismo y partido», en *Nuestra Bandera*, 106 (1981), pág. 22.

(73) Cfr. LINZ y otros: *Informe sociológico sobre el cambio político en España*, cit., pág. 627.

producido en nuestro sistema asambleario han desencantado a mucha gente. A veces no nos atrevemos a llevar simpatizantes. En el partido nos quejamos de la falta de cuadros medios, pero los únicos que aguantan esa tensión asamblearía, los únicos que aceptan esa servidumbre, son los que quieren hacer carrera política. Y no son muchos» (74). Una publicación interna subrayaba que los motivos de descontento de los afiliados con respecto al partido se atribuían principalmente a las divisiones internas, los enfrentamientos y agresividades, la existencia de corrientes, la falta de disciplina y la falta de solidaridad (75). Un 44 por 100 de los miembros socialistas encuestados en el *Estudio sociológico de participación* constataba ese clima de personalismo y agresividad en los debates de las agrupaciones, impresión que crece de forma directamente proporcional al tamaño de la agrupación y que llega al 58 por 100 en las agrupaciones con más de 250 militantes. Y resulta significativo comprobar que quienes perciben con mayor nitidez el problema de los enfrentamientos, unido a una mayor insatisfacción con la situación del partido, son los afiliados que simpatizaron o militaron en algún partido antes de entrar en el PSOE, que ingresaron en él durante el franquismo o antes del XXVII Congreso, que ostentan altos niveles de información y conciencia políticas y cuyos niveles de estudios, cualificación profesional e ingresos son superiores a la media (76). Es decir, se trata de aquel «afiliado del franquismo» que, como se apuntaba páginas anteriores, se caracterizaba por una aguda conciencia crítica hacia el rumbo adoptado por los partidos desde 1977 y, en consecuencia, por una elevada probabilidad de que pasara a engrosar la nómina de los desafiliados. Por lo demás, debe también destacarse la existencia de un cierto alejamiento de los afiliados con respecto a sus agrupaciones, que es tanto mayor a medida que aumenta su tamaño y que se refleja en la escasa asistencia a las asambleas y en cierta desinformación sobre la vida política de la agrupación (77). El sentir mayoritario sobre el grado de participación es bajo, pues un 61 por 100 de los encuestados, especialmente los que respondían a la tipología anterior, opinaba que los afiliados participan poco, nada o casi nada: las razones explicativas aparecen concentradas con cierta frecuencia en «la falta de conciencia socialista», «la falta de interés, de ilusión, el desánimo» y «la falta de motivación, de utilidad y de satisfacción con lo que se hace» (78). Y, en fin,

(74) En ELORDI: «El PSOE por dentro», cit., pág. 16

(75) GRUPO FEDERAL DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS: «Un PSOE más unido y organizado», en *Boletín PSOE*, 10 febrero de 1981, pág. 18.

(76) TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, cit., págs. 125-127.

(77) TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, cit., pág. 134.

(78) TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, págs. 114-116.

cuando se les pedía que expusieran las principales cuestiones relacionadas con el funcionamiento del partido, el 34 por 100 señalaba en primer o segundo lugar la de «tener más relación y comunicación con los compañeros que ocupan puestos de representación en el partido», el 31,7 por 100 demandaba una mayor atención a los jóvenes y el 27,4 por 100 sugería la celebración de más cursos de formación; a cierta distancia se hallaban los deseos de una mayor participación en la toma de decisiones (19,3 por 100), más militancia (18,8 por 100), el mejoramiento de la información interna (16 por 100), la imposición de una mayor disciplina (11,1 por 100) y la evitación de «tanta crítica interna» (9,8 por 100) (79).

AFILIACION Y PARTIDOS: OTROS FACTORES

Estas consideraciones generales permiten suponer que, para un importante sector de los afiliados a los partidos de izquierda, el problema no consistía *sólo* en las distintas valoraciones ideológicas que aquéllos pudieran proyectar sobre sus actividades en las instituciones representativas o en las disonancias cognitivas que pudieran sufrir al comprobar la intervención de su partido en el proceso de compromisos y negociaciones que caracterizó a los pactos de la Moncloa y la elaboración del texto constitucional; ni tampoco en la percepción, fundada o no, de un posible abandono de temas vitales o de demandas postergadas en función de la dinámica política generada por aquellas actividades y aquel proceso. Acaso el problema fundamental radicaba en la adición de esos supuestos al descuido estructural con el que los partidos parecieron tratar a sus miembros y a cualquier política de afiliación. Y ello ocurría justamente cuando el descenso de la temperatura política —es decir, el rebajamiento de la «hipermovilización» previa— favorecía un esfuerzo sostenido por parte de los partidos para asentar, solidificar y ampliar los niveles de afiliación conseguidos tras el aluvión de los momentos iniciales del cambio político. Bartolini ha subrayado que la afiliación, desde un punto de vista organizativo, depende en gran medida de cómo la élite partidista valora el recurso básico de la afiliación y su «subproducto» de la militancia. Según escribe, «el mantenimiento, el aumento e incluso la disminución de los niveles de afiliación y militancia constituyen, desde el punto de vista de la dirección de los partidos, un esfuerzo organizativo que puede o no dar frutos en términos de dinero, trabajo y tiempo. En este sentido, el

(79) GRUPO FEDERAL DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS: «Relación y comunicación con los dirigentes», en *Boletín PSOE*, 9 enero de 1981, pág. 9.

nivel de la afiliación representa una función de la labor llevada a cabo por la organización del partido. Este tipo de valoración efectuada por la organización del partido implica en todo caso un análisis costes-beneficios que se realiza a nivel de la política y de la ideología, además de a nivel de la economía. Es más, dicho análisis costes-beneficios no puede ser llevado a cabo aisladamente respecto a los demás recursos de que dispone el partido y que, naturalmente, cambian con el tiempo y son además profundamente dependientes de ciertas características institucionales del sistema político (...)» (80). En base a estas afirmaciones, una conclusión provisional evidenciaría que los partidos de izquierda desdeñaron el recurso de la afiliación ante los «costes» que podría acarrearle a corto plazo y los «beneficios», que ellos estimaban muy superiores, implícitos en su protagonismo y alta visibilidad durante los años iniciales de la transición. Aun así, el descenso de los niveles de afiliación, hasta su estabilización en cantidades realmente bajas, no parece que haya ratificado sus opciones globales. Máxime cuando esos mismos partidos continuaban manteniendo sus conocidas posiciones ideológicas sobre la profundización de la democracia y la transición al socialismo, cuyas bases estratégicas y tácticas se cifraban en los requisitos de la movilización de masas, la participación popular y la masiva identificación con el partido como agente de cambio histórico.

Sin embargo, el reconocimiento de la escasa entidad concedida al recurso de la afiliación debe venir acompañada por la consideración de dos factores que ahora no puedo sino apuntar. El primero incide de nuevo en las palabras con las que Maravall explicaba anteriormente la política de desmovilización de los partidos de izquierda: como se recordará, se trataba de un paso necesario para atender a los sectores sociales hasta entonces no movilizados, o cuya movilización resultaba difícil, por ser de ellos de donde procede el grueso del mandato político. Aunque en su momento advertimos que la política de desmovilización no implicaba forzosamente el abandono de cualquier política de afiliación, lo cierto es que tanto la dinámica partidista generada por aquélla como los acontecimientos de la transición supusieron una redefinición de la naturaleza de los partidos en la línea de los *catch-all parties*. No resultará difícil, por ejemplo, hallar un cierto paralelismo entre los términos utilizados por Maravall y los que Kirchheimer dedica a la caracterización del *catch-all party* (81). Y es sabido, como el propio Kirchhei-

(80) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 62.

(81) Cfr. OTTO KIRCHHEIMER: «El camino hacia el partido de todo el mundo», en KURT LENK y FRANZ NEUMANN (eds.): *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Madrid, Anagrama, 1980, pág. 331, en donde puede leerse que el *catch-all party* «renuncia a los intentos de incorporar moral y espiritualmente a las masas y

mer escribe, que una de sus notas básicas consiste en la «desvalorización del miembro individual (...) [cuyo] papel es considerado un residuo histórico que puede falsear la imagen del partido» (82). Las críticas dirigidas por los mismos afiliados a la lánguida vida política de las agrupaciones, la insuficiente participación interna, la oligarquización de la élite superior y la débil influencia de los miembros en la formulación de la línea política del partido aparecen entonces como un efecto, si no querido al menos poco evitado y amortiguado, de la instalación de los partidos en un espacio político que busca ante todo la obtención de la mayor cantidad posible de votos mediante el despliegue de sus ofertas electorales hacia numerosos, y a veces contrapuestos, sectores sociales. Esta dirección no pudo por menos que reforzarse a causa de la celebración de dos elecciones generales en un breve espacio de tiempo: constituyó una excelente oportunidad para resaltar la prioritaria vinculación del partido con unos electores cuyos votos habrían de decidir la futura presencia del partido en la vida política e institucional. Diríase que los partidos españoles recorrieron en muy pocos años el camino emprendido por los europeos tras la segunda guerra mundial, cuando las transformaciones políticas, sociales y económicas condicionaron el que «su destino (...) [estuviera] mucho más ligado a su responsabilidad ante el electorado en general que ante la muestra posiblemente poco representativa constituida por los afiliados» (83). Las elecciones de 1979 fueron especialmente significativas a este respecto. Como ha demostrado Gunther, los principales partidos adoptaron estrategias de *catch-all* a la hora de seleccionar los segmentos sociales del electorado que deseaban atraer: todos ellos los definieron de tal forma que los destinatarios de sus ofertas electorales abarcaban a la casi totalidad de la población española (84). Esta opción estuvo además completada por la distribución unimodal del electorado en el *continuum* izquierda-derecha, que ocasionó una competencia centrípeta por el esfuerzo de cada partido para obtener el máximo número de votos moviéndose al centro del espectro político, donde se autosituaba, o así lo creían los

dirige su atención ante todo al electorado; sacrifica, por tanto, una penetración ideológica más profunda a una irradiación más amplia y a un éxito electoral más rápido. La perspectiva de una tarea política más limitada y de un éxito electoral inmediato se diferencia de los antiguos fines más comprensivos; hoy se considera que los fines de antaño disminuyen el éxito, porque asusta a una parte de la clientela electoral, que es potencialmente toda la población».

(82) KIRCHHEIMER: «El camino hacia el partido de todo el mundo», cit., pág. 337.

(83) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 66.

(84) Cfr. GUNTHER: *Strategies, parties and the new spanish party system*, cit., páginas 16 y sigs.

estrategas de los partidos, la mayor parte del electorado (85). Tras las elecciones, los dos principales partidos comenzaron la nueva etapa sin llevar a cabo cambios sustanciales en las consecuencias derivadas de los supuestos anteriores. Las continuas tensiones internas de la élite de UCD no parecen haber dificultado la convivencia de su originaria vocación interclasista con el proceso de «clarificación» ideológica que pretenden algunos de sus más conservadores componentes (86). Surge así la impresión de que el afiliado (y, claro está, el volumen cuantitativo de la afiliación) sirve como instrumento en la lucha por el poder y su distribución entre los diversos sectores del partido: el hecho, comprobado en Italia, explicaría parcialmente el crecimiento sostenido de UCD y, de paso, contribuiría a afianzar la hipótesis de que los años congresuales permiten comprobar, mejor que los electorales, las fluctuaciones de la afiliación (87). En el caso del PSOE, Maravall ha estimado que la dificultad para compatibilizar un apoyo electoral mayoritario con la representación política de una clase puede solventarse mediante su estrategia de crear intereses comunes entre grupos sociales diferentes, de modo que todos ellos quepan dentro de un programa socialista; y, de otra parte, también ha sugerido que la teoría del partido *catch-all* no incluye a las organizaciones que conserven la ideología, persigan más objetivos que los meramente «electoralistas» y mantengan un aceptable democracia interna (88). Aun dejando al margen los grados con los que el PSOE cumpla tales requisitos, resulta probable que la realización de aquella estrategia siga conllevando una notable disminución de la importancia depositada en el recurso de la afiliación: así parecen demostrarlo tanto los intentos de «pacificación» interna que amortiguan las conflictivas disparidades ideológicas sobre el modelo de partido que se quiere construir, como la persistencia de la amplia

(85) Cfr. RICHARD GUNTHER, GIACOMO SANI y GOLDIE SHABAD: «Party strategies and mass cleavages in the 1979 spanish parliamentary election», en *World Affairs*, 143 (1980), págs. 203 y sigs., y GUNTHER: *Strategies, tactics and the new spanish party systems*, págs. 21 y sigs.

(86) Incluso esa vocación es frecuentemente utilizada como argumento principal por quienes se oponen al proceso de «derechización» del partido, según hace, por ejemplo, Rafael Arias Salgado («Al asalto de UCD», *El País*, 25-IV-1981), cuando exponía que «el objetivo lógico del partido es, o debe ser (...) tratar de extender su base electoral aun contando con la complejidad adicional que supone armonizar o conciliar en su seno aspiraciones tan diversas y a veces contradictorias»; esc es, añade, el reto de UCD, por lo demás necesario, pues no cree que «haya otro modo de abarcar a amplios segmentos de población a la hora de acudir a una consulta electoral».

(87) Cfr. BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», págs. 62-63.

(88) Cfr. MARAVALL: «La alternativa socialista», cit., págs. 35-36.

autonomía concedida a los dirigentes, paralela a la escasa influencia de los miembros de base, en la formulación de la política del partido que busca desarrollar su estrategia inmediata.

La desvalorización de la figura del afiliado se ha producido además por la concurrencia de un segundo factor, que se centra en los ámbitos organizativos de los modernos partidos de masas europeos y que tampoco falta en los españoles, bien que como consecuencia de un proceso mucho más rápido e intenso. Su contenido podría cifrarse en los cambios que las grandes transformaciones políticas y sociales de las cuatro últimas décadas han ocasionado en las condiciones organizativas de los partidos de masas, las cuales, a su vez, han modificado sustancialmente los términos funcionales de la afiliación en cuanto recurso organizativo básico: unos cambios que los partidos españoles han debido asimilar sin solución de continuidad con respecto a los años republicanos, propiciando el surgimiento de un cierto desfase entre las expectativas de los afiliados y el papel subordinado concedido al recurso de la afiliación. Así, por ejemplo, la cristalización de los Estados Sociales de Derecho ha privado a los partidos de no pocas motivaciones para fomentar la integración de diversos sectores sociales en sus filas y la movilización para satisfacer unas demandas (sanitarias, laborales, culturales, asociativas e incluso deportivas) que hasta entonces ofrecían casi en régimen de monopolio por medio de sus numerosas secciones. También parece claro que la financiación estatal de las campañas electorales y de los propios partidos ha alterado profundamente la relación entre el aparato central del partido y los afiliados, en el sentido de facilitar un mayor grado de independencia a los candidatos y dirigentes con respecto a los miembros individuales. Además, la financiación pública contribuye a desincentivar los esfuerzos organizativos del partido para aumentar sus niveles de afiliación, dado que su tradicional dimensión como la fuente principal de los recursos económicos de un partido de masas aparece evidentemente disminuida (89). Ello no supone necesariamente la desaparición de la «naturaleza profunda» que Duverger estimaba implícita en la cotización pagada por los afiliados, como un elemento psicológico de adhesión y participación, como un signo de fidelidad que refuerza los lazos de unión entre la organización y sus componentes (90). Por eso no resulta extraño comprobar que el 83 por 100 de los militantes socialistas españoles paguen regularmente sus cuotas, y que esa actividad se destaque en la cabeza de las efectuadas en los últimos meses (91).

(89) Cfr. BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 63.

(90) Cfr. DUVERGER: *Los partidos políticos*, cit., pág. 104.

(91) Cfr. TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, pág. 100.

Pero la escasa incidencia de su volumen global sobre los cuantiosos gastos de un partido moderno, sufragados por la financiación pública en gran parte de los países europeos, no puede sino favorecer la mayor independencia en la actuación del aparato central y la menor motivación para aumentar unos niveles de afiliación de los que ya no dependen los recursos económicos del partido. El hecho de que sólo un 35 por 100 de los afiliados socialistas declare haber participado en actividades de recaudación de fondos (92), o de que sólo de un 10 a un 25 por 100 de aquéllos hayan participado en la campaña electoral de 1979 (93), refleja el deterioro de la clásica imagen de la organización partidista en los períodos electorales, destinando la mayor parte de sus efectivos a las tareas recaudatorias y propagandísticas: una imagen con ciertas dosis de anacronismo ante el intenso proceso de profesionalización política y la existencia de elevadas cantidades de dinero que sólo en una ínfima proporción han sido aportadas, o recogidas, por los afiliados. Y, junto a la dimensión económica, los cambios habidos en los procesos y cauces de comunicación política han afectado también la importancia tradicionalmente concedida a la afiliación como recurso organizativo. Según ha escrito Bartolini, «no cabe duda alguna de que los medios de comunicación sociales han reemplazado a la afiliación como *medio* fundamental de transmisión de los mensajes políticos de los partidos a las más amplias masas de electores en las sociedades educadas y urbanizadas de nuestra época. La función de actividades tradicionales de movilización y propaganda, como son asambleas locales, mítines locales de candidatos y representantes de los partidos y propaganda a domicilio, necesitadas todas ellas de una elevada inversión de afiliados, parece haber entrado inevitablemente en decadencia frente a técnicas de propaganda colectiva más efectivas» (94). Pero ese reemplazamiento de los medios de comunicación política desde los partidos hacia los electores, que pudo percibirse con cierta nitidez en España por la evolución de las tácticas electorales de 1977 a 1979, ha venido además acompañado por una notable degradación de la transmisión de mensajes políticos en el interior mismo de los partidos, que parecen incapaces de socializar efectivamente a sus destinatarios, obtener su decidido apoyo para la institucionalización de sus canales de expresión o competir en relevancia con otros medios de comunicación. La generalizada crisis de la prensa partidista europea, de la

(92) Cfr. TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, pág. 100.

(93) Según GUNTHER: *Strategies, tactics and the new spanish party system*, página 49, en donde también se recoge la superior participación de los afiliados comunistas, que fue aproximadamente del 60 por 100.

(94) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 64; subrayado en el original.

que tampoco han podido escapar los intentos de algunos partidos españoles para mantener sus propios órganos periódicos, revela parcialmente tanto el escaso interés del flujo comunicativo procedente de las instancias superiores, sustituido por otros medios más compatibles con su mayor autonomía de acción, como el menor interés aun de la comunicación proveniente de los ámbitos locales, que corresponde a la drástica reducción de su vida política propia. Todas las cuestiones anteriores tuvieron su concreción en las múltiples dificultades sufridas por *Mundo Obrero* en la etapa de transición española; y no parecen haber disminuido por las eventuales ocasiones en que los Plenos del Comité Central del PCE, tras comprobar el reducido porcentaje de militantes que lo compra, la actitud crítica de unos pocos y la indiferencia de los más, han pretendido su revitalización (95). De forma similar, el *Estudio sociológico de participación* del PSOE calificaba el grado de conocimiento de su prensa de sorprendente: algo menos de la mitad de los afiliados afirma leer regularmente el semanario *El Socialista*, y sólo una tercera parte el boletín interno *Socialismo es Libertad* (96). En fin, y en otro orden de cosas, tanto la dimensión financiera como la de comunicación política se dan la mano en una última nota que asimismo tiende a disminuir los incentivos depositados en el recurso de la afiliación. Se trata de la masiva utilización de la imagen pública de los dirigentes como un recurso político, electoral y propagandístico de importancia fundamental, y cuya incidencia en la desvalorización del papel de los afiliados en no pocos ámbitos de la vida interna del partido resulta obvia. Un recurso que es tanto más efectivo cuanto tiende a aumentar la personalización de la política y de los partidos españoles, hasta llegar a esa relación directa entre los dirigentes (personificando a los partidos y a sus formulaciones políticas) y la opinión pública que ha destacado Molas (97).

Obviamente, es demasiado pronto todavía para pronosticar los posibles derroteros que adopten las anteriores tendencias. La juventud de todas las organizaciones partidistas y las peculiares características de nuestro proceso

(95) Véase, por ejemplo, *Pleno del Comité Central*, cit., pág. 57.

(96) TEZANOS: *Estudio sociológico de participación*, pág. 89. Los datos sobre *El Socialista* deben completarse añadiendo que cuando se les preguntó a los encuestados cuáles eran las revistas periódicas que solían leer habitualmente, sólo un 17 por 100 indicaba el semanario; y sobre el boletín interno, señalando que, aunque se envía a todos los encuestados, sólo algo más de la mitad recordaba haberlo recibido.

(97) Cfr. ISIDRE MOLAS: «Sur les attitudes politiques de l'après-franquisme», en *Pouvoirs*, 8 (1979), págs. 56 y sigs. Véase también PETER McDONOUGH, ANTONIO LÓPEZ PINA y SAMUEL H. BARNES: «The spanish public in political transition», en *British Journal of Political Science*, 11 (1981), págs. 59 y sigs.

de transición impiden aventurar cualquier hipótesis sobre la cristalización organizativa y política que asuman los partidos españoles en los próximos años. Por lo que hace al volumen de afiliación, no faltan razones para asegurar que la «crisis de la militancia» ha tocado fondo, lográndose una estabilización en cifras realmente bajas, pero de las que acaso no se descienda. Por supuesto que el mantenimiento de tan bajas cifras puede generar problemas de diversa índole, pero ésa es cuestión distinta. Los recientes Congresos del PCE y el PSOE han incluido en sus agendas o en sus proclamaciones la necesidad de aumentar su militancia y, dicho con los términos *à la page*, «penetrar en el tejido social». El Comité Central saliente del PCE ejerció cierta autocrítica al reconocer la escasa atención prestada a las tareas de construcción del partido de masas que se necesitaba, la excesiva lentitud e incluso estancamiento observado en su desarrollo organizativo y su «desagregación política y organizativa» (98). Y entre las pocas críticas dirigidas a la gestión de la ejecutiva socialista en el XXIX Congreso figuró la del «crecimiento cero» de la afiliación, un problema que el Comité Federal había reconocido previamente y que esperaba solucionar mediante una flexibilización del sistema de afiliación (99). Por lo demás, la incertidumbre existente sobre el futuro de la afiliación se une a los resultados que puedan deparar otras incógnitas. Así, por ejemplo, la debilidad estructural de los partidos y su escasa legitimidad entre el electorado les ha obligado a replantear su estrategia de cara a diversos modos de participación popular no estrictamente política, que hasta entonces han ignorado sistemáticamente o utilizado en su propio beneficio: el tímido comienzo de la nueva etapa podría quizá arrancar de la preocupación comunista por impulsar el «movimiento ciudadano» o de los pronunciamientos socialistas dirigidos a conjugar la «militancia social» con la política y a promover el «trabajo sectorial» como una forma de militancia (100). Falta también tiempo para comprobar

(98) *El País*, 28-VII-1981; «El golpe de Estado», en *Nuestra Bandera*, 106 (1981), págs. 3 y sigs., y VICENTE CAZCARRA: «El fortalecimiento del partido», en *Pleno del Comité Central*, cit., págs. 35 y sigs.

(99) *El País*, 16-X-1981 y 12-VI-1981; «Resolución orgánica del Comité Federal», en *Boletín PSOE*, julio-agosto de 1980, pág. 10; en el mismo *Boletín*, «Declaración política del Comité Federal», 7 noviembre de 1980, pág. 7, y «Extender el partido y mejorar la militancia», 10 febrero de 1981, págs. 6-7.

(100) Cfr. los *Materiales sobre política municipal y movimiento ciudadano*, editados por la Secretaría de Política Municipal y Movimiento Ciudadano del PCE, julio de 1979; *Participación ciudadana*, Madrid, Cuadernos de Formación y Divulgación Socialistas, 1981; CIRIACO DE VICENTE: «Militancia social y militancia política», en *Boletín PSOE*, 8 diciembre de 1980, págs. 4-5, y «Sectorial», en el mismo *Boletín*, 3 mayo de 1980, pág. 2.

la respuesta de los partidos al hipotético desarrollo entre nosotros de las principales modalidades de la *new politics*, que supondría, de un lado, la competencia de aquéllos con nuevas organizaciones políticas, más activas y dinámicas, menos jerarquizadas y masivas, basadas en un abanico restringido de intereses o de demandas no asumidas por los partidos y cuya satisfacción se percibe directamente dependiente de las *policies* gubernamentales; y, de otro, significaría asimismo la emergencia de nuevos modos de participación, realizados en ocasiones por medios no convencionales y a veces careciendo de la tradicional orientación de las élites políticamente legitimadas, es decir, en abierta confrontación con ellas (101). La *boutade* de Epstein, según la cual la política es demasiado amplia, diversa e importante como para dejarla encomendada exclusiva o mayoritariamente a los partidos (102), araña la superficie del vidrioso tema de la crisis de los partidos y su idoneidad organizativa y política para hacer frente a las complejas condiciones que cualifican a los sistemas políticos contemporáneos. Un problema al que tampoco es ajeno nuestro cambio político, bien que el debate se limite por el momento a la tribuna periodística y sus fundamentos se circunscriban al motivo ocasional del nacimiento de algunos clubes o fundaciones. Y todo ello, a su vez, remite a la no menos espinosa cuestión de si las actuales circunstancias significan, en último término, una mera transformación de la relación entre el partido y la sociedad o, por el contrario, un proceso irreversible de decadencia que lleve a los partidos a conformarse como instituciones del Estado antes que de la sociedad. Una cuestión cuyo análisis debe incluir necesariamente el tema de la afiliación. Bartolini lo ha expresado con acierto al concluir que «el estudio de la afiliación y la militancia en los partidos (...) posee enorme importancia a fin de comprobar empíricamente importantes aspectos de estas nuevas transformaciones. De hecho, se convierte en uno de (...) [sus] indicadores fundamentales. Como vínculo tradicional fundamental entre los partidos de masas y la sociedad, la afiliación continúa siendo una clave importantísima del deterioro, transformación e incluso revitalización de dicha relación» (103).

(101) Cfr. en general los ya clásicos estudios de RONALD INGLEHART: *The silent revolution. Changing values and political styles amongw estern publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977, y SAMUEL H. BARNES, MAX KAASE y otros: *Political action. Mass participation in five western democracies*, Londres, Sage, 1979; más concretamente puede verse el significativo análisis de JUTTA HELM: «Citizen lobbies in West Germany», en MERKL (ed.): *Western european party systems*, cit., págs. 576 y sigs.

(102) LEON D. EPSTEIN: «Political parties», en GREENSTEIN y POLSBY (eds.): *Handbook of political science*, vol. 4, cit., pág. 271.

(103) BARTOLINI: «La afiliación en los partidos de masas», pág. 71.